

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Estudios de la Cultura
Mención en Comunicación

Honores y bohemias de mi reinado ¡Qué viva Sarita Chacón!
Los concursos de belleza como operadores simbólicos de dinámicas sociales y culturales, estudio de caso Señorita Ecuador (1930)

Lucía Daniela Chaguaro Paredes
Tutora: Martha Cecilia Rodríguez Albán

Quito, 2025



Cláusula de cesión de derechos de publicación de tesis

Yo, Lucía Daniela Chaguaro Paredes autora de la tesis intitulada “Honores y bohemias de mi reinado ¡Qué viva Sarita Chacón!: los concursos de belleza como operadores simbólicos de dinámicas sociales y culturales, estudio de caso Señorita Ecuador (1930)” mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magister de Investigación en Estudios de la Cultura, Mención de Comunicación en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtuales, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico

21 de abril de 2025

Firma:

Resumen

Este trabajo coloca a los concursos de belleza, no como eventos aislados, sino como operadores simbólicos en los cuales confluyen y se entretajan discursos y dinámicas sociales como clase, género y nacionalidad. Al analizar los concursos de belleza se puede entender los valores de una época específica donde el cuerpo femenino, es entendido como un territorio de luchas y pugnas.

Planteo que, desde la primera elección de Miss Ecuador (1930) hasta la última realizada este año (2024) hay cuatro hitos que son importantes dentro de este certamen. En 1930 la elección de Sara Chacón, guayaquileña mestiza, representante de los sectores medios; en un segundo momento, la coronación de Mónica Chalá (1995), primera Miss afrodescendiente; el 2004 marcado por la globalización y los discursos de unión nacional, este año Ecuador es sede del Miss Universo; y, el momento actual, donde surgen debates acerca de la continuidad o supresión de estos eventos donde la mujer pasa a convertirse en un objeto de consumo y donde las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial colocan nuevos debates.

Sin embargo, este trabajo de investigación analiza el primer concurso, Señorita Ecuador, que fue organizado por el periódico El Telégrafo y que tuvo como ganadora a Sara Chacón. Se fundamenta en tres postulados: i) la representación de las mujeres en los medios de comunicación en 1930, ii) el concurso de belleza como un pretexto para hablar de nación e identidad al cumplirse los 100 años de Ecuador como república, iii) la elección de Señorita Ecuador como un dispositivo donde se plasman procesos de movilidad social. Sara Chacón se convierte en un campo de disputas simbólicas.

Es necesario aclarar, que se utilizaron fuentes primarias para la elaboración del mismo. Entre las cuales figuran: Archivos del diario El Telégrafo y El Comercio en los meses de noviembre, diciembre de 1929, además, los meses de enero, febrero y marzo de 1930. El diario personal escrito por Sara Chacón, Honores y bohémias de mi reinado; y para finalizar la novela Señorita Ecuador de Alfredo Pareja Diezcanseco.

Palabras clave: concursos de belleza, nación, identidad, Ecuador, movilidad social, mujer nacional, modernidad

A la guayaquileña de mis amores, Gladys.

A la quiteña de mi corazón, Manuela.

Agradecimientos

A Sebastián, tu amor me fortalece. Gracias por tus constantes esfuerzos. Soy feliz de ser y estar contigo. Que la vida nos regale mucha luz para seguir compartiendo este camino.

A mi familia: Javier, Maritza, Paula y Alejandro. La vida me sonríe cuando estoy con ustedes.

A Martha Rodríguez, por su paciencia, tiempo, conocimiento y entusiasmo en mi trabajo de investigación.

Tabla de contenido

Tabla de contenido	11
Figuras y tablas.....	13
Introducción.....	15
Capítulo primero: Introducción	19
Comunicación e ideales de belleza	22
Capítulo segundo	33
Los imaginarios y objetos de la modernidad	35
Capítulo tercero	41
Ecuador en los años 30	43
Revolución Juliana y procesos de modernización en Ecuador	46
Guayaquil en los años 30	54
Mujeres y modernidad	56
Representación de las mujeres en la prensa y revistas a inicios del siglo XX.....	62
Qué viva Sara Chacón.....	66
La mujer nacional: Sara Chacón Zúñiga, encarnación exquisita de la raza y anhelo continental. 74	
Movilidad social: Sara Chacón, vas a ser reina.	83
Chacón o bala.....	86
Conclusiones.....	89
Bibliografía.....	93

Figuras y tablas

Figura 1. El Comercio: todos los gastos cubiertos. Miss Ecuador, 1995	31
Figura 2. El Telégrafo: Para la mujer y el hogar	64
Figura 3. El Telégrafo: El imperativo Patriótico	69
Figura 4. El Telégrafo: En las principales ciudades de la república se están activando las gestiones para que todas las provincias se presenten a nuestro concurso con sus mejores bellezas para disputar el ambicionado centro	70
Figura 5. Cupón para la elección de la Señorita Ecuador.....	72
Figura 6. El Telégrafo: El concurso de Belleza.....	74
Figura 7. Fotografía Blanche Yoder	76

Introducción

La presente investigación tiene como objetivo general analizar cómo los concursos de belleza operan como constructores de representaciones simbólicas vinculadas a las mujeres, las clases sociales y las dinámicas de género en el contexto del Ecuador de finales de la década de 1920 y principios de 1930.

Este objetivo responde a la necesidad de comprender de qué manera estos eventos, considerados tanto espectáculos mediáticos como rituales culturales, han contribuido históricamente a reforzar y legitimar determinados valores sociales.

Entre los objetivos específicos se encuentran identificar los discursos predominantes en los periódicos *El Comercio* y *El Telégrafo* acerca de las mujeres y los concursos de belleza, explorando cómo estos reflejan las expectativas y roles de género de la época. También se busca contextualizar estas narrativas dentro de las dinámicas de poder asociadas a la clase social, analizando cómo los concursos de belleza actuaban como espacios para legitimar jerarquías sociales. Además, se pretende determinar el papel de los medios impresos en la construcción simbólica de estas narrativas, entendiendo su función como agentes culturales en la consolidación de ideologías dominantes.

La metodología empleada en esta investigación se enmarca dentro de un enfoque cualitativo, específicamente a través de la investigación documental. Este enfoque es particularmente relevante para el análisis histórico y cultural, ya que permite trabajar con fuentes primarias para comprender las dinámicas sociales y simbólicas de un contexto específico.

El proceso metodológico comenzó con la identificación de las fuentes primarias, en este caso, los periódicos *El Comercio* y *El Telégrafo*, considerados como los medios más influyentes en el Ecuador durante el período de estudio. Las ediciones revisadas corresponden a los meses de noviembre y diciembre de 1929 y enero y febrero de 1930, seleccionadas estratégicamente por la relevancia de los eventos registrados en ese tiempo, como los concursos de belleza y las representaciones femeninas en el ámbito mediático.

La recolección de datos se llevó a cabo en la biblioteca de la Universidad de las Artes en Guayaquil, que cuenta con una colección de periódicos históricos. Las ediciones fueron revisadas hoja por hoja para identificar noticias, artículos y piezas gráficas relevantes que abordaran temas relacionados con las mujeres, los concursos de belleza y las dinámicas de poder social.

Se emplearon criterios específicos para seleccionar el material, priorizando aquellas narrativas que ofrecieran una perspectiva clara sobre cómo se construían y representaban los roles de género y las jerarquías sociales a través de los medios impresos. El análisis posterior se centró en organizar y clasificar los datos recopilados en categorías temáticas que permitieran identificar patrones discursivos. Por ejemplo, se agruparon las noticias que hablaban sobre los reinados de belleza, las representaciones de las mujeres en el espacio público y las conexiones simbólicas entre los eventos de belleza y las dinámicas de clase social.

Este análisis permitió establecer vínculos entre los discursos mediáticos y las prácticas culturales que legitimaban roles de género y poder. La metodología desarrollada en esta investigación se alinea directamente con los objetivos académicos y las perspectivas interdisciplinarias de la Maestría en Estudios de la Cultura, mención Comunicación. Esta maestría fomenta el análisis crítico de los fenómenos culturales y su interrelación con los discursos mediáticos, lo que encaja con el enfoque de mi investigación. En primer lugar, mi metodología utiliza los periódicos como fuentes primarias, reconociendo su papel como vehículos de producción cultural y mediática.

Los estudios de la cultura enfatizan la importancia de analizar cómo los medios construyen significados y reflejan las ideologías dominantes de una sociedad. En este caso, la revisión sistemática de las ediciones de El Comercio y El Telégrafo permite entender cómo los concursos de belleza, difundidos ampliamente a través de los medios impresos, operaban como espacios simbólicos para reforzar nociones de género y clase social en el Ecuador de los años 30. En segundo lugar, la investigación se relaciona con el estudio de los discursos simbólicos, un eje central de la maestría. Los concursos de belleza son eventos cargados de significados culturales que legitiman normas sobre la feminidad, el cuerpo y la belleza.

A través de mi metodología, pude identificar cómo los periódicos no solo reportaban estos eventos, sino que también participaban activamente en la construcción

de estos significados, contribuyendo a la normalización de valores culturales específicos. Esta conexión entre los medios de comunicación y la producción simbólica es fundamental en los estudios culturales, y mi investigación contribuye a ese debate académico. Finalmente, la metodología utilizada pone en práctica los principios de la investigación interdisciplinaria que caracterizan a la maestría.

Mi enfoque combina herramientas propias del análisis histórico, como la investigación documental y la recopilación de fuentes primarias, con teorías críticas de la comunicación y los estudios culturales. Este enfoque no solo enriquece la comprensión del objeto de estudio, sino que también demuestra la capacidad de conectar perspectivas teóricas y metodológicas para analizar fenómenos complejos, como los concursos de belleza, desde múltiples dimensiones. En conclusión, la metodología de mi investigación está profundamente imbricada con los objetivos y enfoques de la Maestría en Estudios de la Cultura, mención Comunicación, al abordar el análisis de los medios como agentes culturales y explorar cómo estos contribuyen a la construcción simbólica de los roles de género y las jerarquías sociales.

Esta relación fortalece el aporte académico de la tesis al proponer un análisis crítico que trasciende lo descriptivo y se inscribe en el debate interdisciplinario sobre comunicación, cultura y poder.

La presente investigación tiene como objetivo analizar cómo los concursos de belleza, durante el período de 1929-1930 en Ecuador, funcionaron como operadores simbólicos en la construcción de representaciones culturales sobre las mujeres, las clases sociales y las dinámicas de género. Este análisis se articula a través de una pregunta general y dos preguntas específicas que guían el enfoque crítico y metodológico de la investigación.

Pregunta principal

¿De qué manera los concursos de belleza en Ecuador, durante el período de 1929-1930, funcionaron como operadores simbólicos para construir representaciones sobre las mujeres, las clases sociales y las dinámicas de género?

Esta pregunta central orienta el análisis hacia la comprensión de los concursos de belleza como fenómenos culturales que no solo reflejaban las normas sociales de la

época, sino que también contribuían a reproducir y legitimar valores hegemónicos vinculados a las relaciones de género y las jerarquías sociales.

Preguntas Específicas

1. ¿Cómo representaron los periódicos El Comercio y El Telégrafo a las mujeres en el contexto de los concursos de belleza durante el período de noviembre de 1929 a febrero de 1930?

A través de esta pregunta, se busca examinar los discursos mediáticos presentes en ambos periódicos para identificar las narrativas dominantes sobre las mujeres y los roles sociales que se les asignaban, considerando el impacto simbólico de estas representaciones en la construcción de los ideales de género de la época.

2. ¿Qué discursos de clase social se reflejan en la cobertura mediática de los concursos de belleza y cómo estos discursos legitimaron jerarquías sociales en el Ecuador de finales de la década de 1920?

Esta pregunta específica explora cómo los medios impresos reproducían valores y dinámicas de clase, posicionando a los concursos de belleza como espacios simbólicos que reflejaban y reforzaban las desigualdades sociales en el contexto ecuatoriano.

Este conjunto de preguntas de investigación estructura el marco analítico del estudio, permitiendo vincular los discursos mediáticos de los periódicos con las dinámicas culturales y simbólicas del periodo estudiado. Asimismo, estas preguntas se relacionan de manera directa con los objetivos planteados y la metodología adoptada, garantizando una aproximación rigurosa al análisis de las fuentes primarias seleccionadas.

Capítulo primero

Introducción

En este primer capítulo se establece un marco teórico y contextual para abordar los concursos de belleza como dispositivos culturales que operan dentro de lógicas sociales, económicas y políticas específicas. El capítulo inicia con un estado del arte que permite identificar a los principales autores y autoras que han reflexionado sobre los certámenes de belleza y su relevancia en la producción y reproducción de imaginarios sociales. Estos eventos, más allá de su aparente superficialidad, son entendidos como espacios en los que se negocian y legitiman ideales hegemónicos vinculados a la feminidad, la modernidad y las aspiraciones nacionales.

Desde una perspectiva teórica, el capítulo analiza cómo los ideales de belleza son construcciones históricas que responden a un conjunto de discursos culturales y económicos, y cómo estos ideales se articulan con dinámicas comunicativas que refuerzan su permanencia. En este sentido, los medios de comunicación se presentan como actores clave en la consolidación de un imaginario estético que privilegia ciertas características —como la juventud, la blancura y la delgadez— que no solo delimitan qué cuerpos son considerados válidos, sino que también excluyen otros, reforzando así jerarquías sociales y culturales.

Posteriormente, se introduce una reflexión acerca de los reinados de belleza como un fenómeno histórico-social, situando su análisis en el contexto ecuatoriano. Se identifican cuatro hitos históricos que marcan momentos clave en la evolución de estos certámenes en el país. El primero de ellos, en 1930, con la elección de Sarah Chacón como Miss Ecuador, se analiza como parte de un proyecto de modernización nacional en el que los concursos de belleza sirvieron para proyectar una imagen aspiracional de progreso y civilización. El segundo hito, en 1995, con la elección de Mónica Chala, refleja un momento de transición en el que los certámenes comienzan a ser influenciados por dinámicas de globalización y debates emergentes sobre diversidad y representación. En tercer lugar, se estudia el evento de Miss Universo 2004, realizado en Ecuador, como un ejemplo de cómo el país se posiciona internacionalmente mediante un evento que

opera como vitrina de sus valores culturales y estéticos, pero que, al mismo tiempo, reafirma los estándares tradicionales de belleza global.

Este capítulo no solo contextualiza la relevancia de los concursos de belleza en Ecuador, sino que también plantea su relación con procesos más amplios de modernización, globalización y comunicación de masas. Los certámenes se presentan como espacios de tensión donde se negocian los significados de la feminidad, la identidad nacional y los valores culturales en diferentes momentos históricos.

De esta manera, el primer capítulo ofrece una visión panorámica y teórica que permite comprender los concursos de belleza como fenómenos multidimensionales, sentando las bases para los capítulos siguientes. Estos se centrarán en un análisis más específico, como el papel de las mujeres en los años 30 y su vinculación con los discursos de poder asociados a la modernidad y los certámenes de belleza, permitiendo así una aproximación más crítica y profunda a las representaciones femeninas en contextos históricos específicos.

En el contexto latinoamericano, los concursos de belleza han sido interpretados como vehículos simbólicos a través de los cuales se reflejan y refuerzan las estructuras sociales, las normas de género y las ideologías de clase y raza. Las investigaciones han considerado los concursos de belleza como un espacio de representación donde las mujeres son presentadas según ideales de belleza hegemónicos, los cuales están profundamente ligados a la blancura y a la exclusión de cuerpos racializados.

Marisol de la Cadena (2000) ha sido pionera en la crítica de los concursos de belleza desde la perspectiva de la identidad étnica. Su trabajo aborda cómo los concursos no solo representan a las mujeres como símbolos de belleza, sino que también operan como dispositivos de inclusión y exclusión dentro de las jerarquías raciales y sociales. De la Cadena explica cómo estos eventos suelen privilegiar la imagen de la mujer blanca y de clase alta, excluyendo a las mujeres de clases sociales más bajas y a las mujeres indígenas. De esta manera, los concursos de belleza se convierten en un espacio de reafirmación de las normas de la belleza eurocéntrica y racista que predominan en muchas sociedades latinoamericanas.

Andrea Pequeño (2014), por su parte, ha realizado importantes aportes al estudio de los concursos de belleza como instituciones de legitimación de normas sociales y culturales en América Latina. Pequeño destaca cómo los concursos actúan como una

forma de control social sobre las mujeres, imponiendo un modelo de feminidad que está ligado a la apariencia física, la sumisión y los valores tradicionales de género. Además, resalta cómo los medios de comunicación juegan un rol crucial en la difusión de estos ideales, convirtiendo los concursos de belleza en un espectáculo que proyecta y refuerza las normas patriarcales y capitalistas.

Ana María Götschel (2001), por otro lado, ha analizado los concursos de belleza en relación con el proceso de modernización de América Latina. Ella argumenta que, a pesar de ser considerados como una tradición conservadora, estos concursos han sido utilizados como una herramienta de “cosmopolitismo” y “progreso” que busca asociar la modernidad de la región con modelos de belleza internacionales, a menudo de corte occidental. En sus estudios, destaca la importancia de entender los concursos de belleza como una institución que trasciende la mera representación estética para convertirse en un espacio de construcción de identidad nacional.

María Moreno (2009), en su análisis sobre los concursos de belleza en Ecuador, argumenta que estos eventos tienen una fuerte carga simbólica que va más allá de la simple competencia de belleza. Moreno explora cómo los concursos de belleza, especialmente en el contexto ecuatoriano, están ligados a la construcción de la identidad nacional y a la proyección de un ideal de mujer “perfecta” que está centrado en una figura mestiza, a veces idealizando la blancura y en otras ocasiones reforzando la figura de la mujer mestiza urbana, sobre todo en los reinados que se celebraban en las principales ciudades como Quito y Guayaquil.

La escasez de estudios sobre los concursos de belleza dentro del campo de la investigación cultural en Ecuador y en muchas otras partes de Latinoamérica refleja una tendencia más amplia de subestimación de fenómenos culturales aparentemente “superficiales” o “frívolos”. Los concursos de belleza, al ser percibidos como eventos centrados exclusivamente en la apariencia física y el entretenimiento, suelen ser minimizados o ignorados en la academia, lo que reduce su importancia en el análisis de las dinámicas sociales y culturales. Esta falta de estudio refleja, en parte, el poco reconocimiento de cómo las representaciones de la belleza pueden ser instrumentos poderosos de construcción social, ideología y control.

Además, este vacío de investigaciones podría estar vinculado a la dificultad de abordar el tema desde una perspectiva crítica y deconstruccionista. La belleza, y por

ende los concursos de belleza, siguen siendo percibidos como aspectos inmutables o naturales de la sociedad, lo que impide que se analicen bajo un prisma más crítico que desafíe los patrones normativos impuestos sobre el cuerpo, la identidad y el género.

En sociedades profundamente marcadas por desigualdades de clase, raza y género, los concursos de belleza no solo son eventos que celebran la belleza física, sino que funcionan como un espacio donde se negocian y refuerzan los ideales de feminidad, estatus y moralidad. La falta de estudios en este campo muestra una omisión significativa en la comprensión de cómo estos eventos funcionan como dispositivos de poder simbólico y cómo influyen en la percepción social de las mujeres, de la identidad nacional y de la estructura social en general.

Por lo tanto, al igual que otros fenómenos culturales que han sido tradicionalmente invisibilizados, los concursos de belleza deben ser entendidos no solo como una tradición superficial o un entretenimiento popular, sino como prácticas culturales que merecen ser analizadas críticamente para comprender cómo participan en la reproducción de normas de género, clase y raza. Sin una reflexión académica más profunda en este sentido, el estudio de los concursos de belleza continuará siendo un tema marginal dentro de los estudios culturales y sociales, perdiendo la oportunidad de contribuir a la comprensión de los mecanismos que estructuran nuestra sociedad.

Comunicación e ideales de belleza

Hablar de belleza es referirse a una construcción social que varía en cada sociedad y época, entre otros factores, que establecen los parámetros para considerar algo bello. Por ejemplo, la idea del cuerpo bello en el Renacimiento se basa en un cuerpo “gordo”, que era el sinónimo de prestigio y salud, a comparación de los cánones de belleza actuales, donde la delgadez y juventud afirman un cuerpo saludable. La belleza, a más de ser un concepto filosófico, es una categoría que desde siempre se encuentra en análisis y debate, desde el arte, la literatura, la filosofía, hasta los más recientes cánones de belleza del capitalismo contemporáneo, que son reproducidos por medios de comunicación. Las revistas, canales de televisión y las redes sociales, al igual que clínicas estéticas, peluquerías, centros de tratamientos faciales ofrecen a las mujeres y hombres, por una cierta cantidad de dinero, belleza, perfección y estatus.

La modernidad estuvo impregnada de promesas de desarrollo, de construcción de una sociedad racional y de dominación de la naturaleza. Por lo tanto, la liberación del cuerpo debía abolir la dualidad cuerpo-alma y así podía nacer la libertad de los hombres modernos, como lo señala Agnes Heller y Ferenc Feher en el libro *Biopolítica la Modernidad y la Liberación del Cuerpo* (1995).

En los años sesenta, con el auge de los medios de comunicación, se genera un nuevo imaginario y percepción sobre el cuerpo, en palabras del antropólogo Le Breton (1995): el hombre occidental descubre que tiene un cuerpo que se vuelve protagonista en las sociedades modernas; en diálogo con José Enrique Finol (2015), el imaginario estético que se establece en las últimas décadas, rompe incluso con la idea de alma y cuerpo, establecida por los griegos. La belleza, estética y cuerpo perfecto sustituye la idea de lo feo y lo anormal.

José Enrique Finol, en su texto *La Corpósfera* (2015) manifiesta que en la actualidad se crean nuevas ritualidades corporales ligadas a un proyecto de cuerpo. Este es un sistema de significaciones que en una etapa anterior estaba relacionado con la filosofía y religión. Sin embargo, por las sociedades del espectáculo, se generan nuevas ritualidades, como reinados de belleza, desfiles de moda, exposición a través de redes sociales que están completamente articulados con el imaginario de belleza, salud, longevidad y alimentación.

En las sociedades modernas se rinde culto al cuerpo. Este es considerado un espacio que puede ser decorado y transformado. Se evita a toda costa enfrentarse a la vejez y la enfermedad. Estas dos condiciones buscan la expulsión de las personas de la vida normal, especialmente para las mujeres, por medio de prácticas y discursos machistas, como evidencia de discriminación. Retomando los postulados de Le Breton: “la vejez marca desigualmente a la mujer y al hombre en el ámbito social. El sentimiento de envejecer viene siempre de otro lado, es la marca en uno de la interiorización de la mirada del otro” (Le Breton 1995, 143).

La búsqueda de inmortalidad se refleja en el discurso de longevidad expresado en la vida cotidiana, que da origen a un nuevo discurso de salud y juventud, marcado por la idea de un *presente puro*. Esta categoría desarrollada por Finol (2015), se conectan con los discursos modernos de la eterna juventud, que ofrecen este logro por medio de cremas, cirugías estéticas, ejercicio físico y en las *sociedades de la*

transparencia, a partir de los programas tecnológicos que pueden borrar, aumentar y modificar un cuerpo, como es el caso de la fotografía digital y Photoshop, que generan un valor de exposición, siempre y cuando el cuerpo sea bello.

El rostro humano con su valor cultural hace tiempo que ha desaparecido de la fotografía. La época de Facebook y Photoshop hace del rostro humano, una faz que se disuelve por entero de su valor de exposición. Es la forma de mercancía del rostro humano, una faz que se disuelve por entero. La faz es el rostro expuesto sin aurea de la mirada. Es la forma de mercancía del rostro humano. La faz habita la inmanencia de lo igual. (Chul Han 2013, 27)

Siguiendo esta línea de discusión, el filósofo Byung Chun Hal, plantea que las sociedades contemporáneas están marcadas por el valor de exposición:

La operación belleza persigue el fin de maximizar el valor de exposición. Los modelos actuales no transmiten ningún valor interior, sino tan solo medidas exteriores, a las que se intentan corresponder incluso con el uso de medios violentos. El imperativo de exposición conduce a una absolutización de lo visible y exterior. Lo invisible no existe, porque no engendra ningún valor de exposición, ninguna atención. (Chul Han 2013, 31)

El aspecto de una mujer bella, con medidas internacionales *perfectas*, marca una idea que debe ser contagiada. Pero, además, es el reflejo de la sociedad capitalista que concibe al cuerpo como una mercancía que puede ser vendida, intercambiada y modificada. La categoría de exposición planteada por Chun Hal, entra en diálogo directo con la establecida por Finol:

En las sociedades del espectáculo, observamos por un lado lo visual como el modo semiótico propio, dominante, del ser de la cultura contemporánea, observamos la reificación del cuerpo, dos fenómenos que caracterizan su *sobre explotación*; no solo en los medios masivos, también en la vida cotidiana. (Finol 201534)

En la actualidad los medios de comunicación juegan un rol preponderante en la difusión de estereotipos, modelos e ideales de vida. Cumplen dos funciones: por un lado, son el reflejo de las actitudes, valores y acciones de un pueblo, y por otro lado, son transmisores y reproductores de discursos y estereotipos. Los discursos mediáticos de la imagen de la mujer la representan como ama de casa y como objeto sexual y decorativo por la sobreexplotación de su cuerpo.

En la sociedad contemporánea el cuerpo es un objeto que es comparable, medible, intercambiable y vendible. En este sentido es importante el análisis del cuerpo,

porque junto a la publicidad, los medios de comunicación masiva y las tecnologías de la información y comunicación *TICS*, incorporan e imponen estereotipos femeninos que difunden la ilusión del cuerpo perfecto, deseado y soñado. El cuerpo, entendido como una máquina que se puede ir desmembrando, modificando, aumentando, siendo esto un síntoma de la cultura contemporánea, propia de las *sociedades del cansancio*, categoría planteada por Byung Chul Han. (2013).

En la modernidad y posmodernidad, el cuerpo de la mujer es un objeto que puede ser manipulado y transformado en mercancía, como tal, puede ser explotado por medio de las normas del mercado y los estereotipos que construyen la idea de feminidad, por medio de normas y reglas, como el peso, estatura, simetría, entre otras, mostrando el cuerpo como una superficie decorativa.

Los discursos que entablan los medios de comunicación con respecto al cuerpo ratifican el cuerpo blanco, joven y bello. Si es una mujer debe tener características *femeninas*, además de ser madre, profesional y medidas corporales *perfectas*. Si es un cuerpo masculino, debe tener características propiamente “masculinas”: músculos y torso ancho, que exprese fuerza, valentía y poder, además de cumplir el rol social de proveedor y *macho con un poco de sarcasmo voy a decir “uy y tantos princesos por ahí”*. Este discurso es interiorizado a diario, los cuerpos gordos son la nueva *anormalidad* de las sociedades que rinden culto al cuerpo. Sociedades que por un lado publicitan el goce y disfrute inmediato por medio de la comida rápida y por otro lado juzgan a los cuerpos cotidianos. Entonces, ¿el cuerpo me pertenece? ¿El cuerpo le pertenece a la sociedad?

La sociedad se encuentra ante un nuevo paradigma, las *sociedades de la disciplina* planteadas por Foucault (1975), se convirtieron en sociedades de la auto explotación, el amor al cuerpo perfecto. Este nuevo discurso imperante se puede materializar en el auge de las clínicas estéticas, de los gimnasios y de los canales de televisión nacional, que buscan ser auspiciantes de los diferentes concursos de belleza, entre los cuales destaca Miss Ecuador, por ser el que mayor poder de convocatoria tiene en medios. El control que ejerce el sistema en los cuerpos se evidencia en los reinados de belleza, moda, cirugías estéticas, dietas que replantean los roles femeninos y que sin embargo se esconden tras una fachada de supuesta apropiación del cuerpo y posibilidades casi infinitas de modificarlo, es decir, se vende un discurso donde el

cuerpo puede ser moldeado a voluntad, pero el modelo a seguir es impuesto desde el poder.

Los concursos de belleza responden a lógicas comerciales, donde las mujeres se transforman en un producto que debe ser exhibido. El estudiar y analizar estos eventos permite entender los discursos y representaciones que se encuentran imbricadas en el cuerpo, mismas que se modifican con el tiempo, respondiendo a las necesidades históricas de cada época. Para, Lucía Acosta Martín (s/f) los reinados de belleza no son eventos de carácter lúdico, aunque traten de disfrazarlos de esta manera, su importancia radica en que dentro de ellos se inscriben discursos sociales, nacionales, políticos, económicos. En Ecuador, hasta la actualidad, se encuentran inscritos dentro del imaginario social como la representación de los valores femeninos-morales y del culto al cuerpo.

Los concursos de belleza son espectáculos en los cuales el cuerpo femenino se convierte en un operador simbólico para ideologías y proyectos políticos más amplios. Por lo tanto, estos eventos aparentemente inocuos pueden convertirse en arenas de lucha. (Moreno 2009, 82)

Los reinados de belleza no son solamente entretenimiento. A través de un discurso sustentan y reproducen imaginarios oficiales de belleza que normativizan el cuerpo femenino, “Así, el reinado es un negocio donde se vende desde vestidos de baño hasta conceptos de belleza, en donde una reina es toda una industria privada sin intervención estatal”. (Rutter- Jensen 2005, 12)

Es necesario establecer en este acápite de la investigación una aproximación a los concursos de belleza y su real importancia en el contexto latinoamericano contemporáneo. Dentro del imaginario social, sabemos a qué nos referimos al hablar de concurso de belleza, es un dispositivo cultural que se encuentra en la vida cotidiana. La elección de la reina del barrio, del trabajo, de la provincia, del país, del continente, del mundo, sin dejar de lado la elección de la *estrellita de navidad*, elección Miss Teen, Miss Chiquitica, etc. En nuestro contexto es una realidad que la vivimos a diario sin importar el espacio que ocupemos.

José Enrique Finol (1999) en su texto *Semiótica del Cuerpo: el Mito de la Belleza Contemporánea* genera un primer acercamiento al estudio del mito de la belleza y los concursos. En un primer momento analiza el mito de la belleza a través de los

concursos de belleza, que califica “uno de los rituales contemporáneas más difundidos en el mundo entero”. Es importante señalar que al igual al trabajo de investigación que quiero ejecutar, el trabajo de Finol es un estudio de caso del Concurso de Miss Venezuela realizado en Caracas el 6 de septiembre de 1996. Hay dos hipótesis que maneja el autor:

1. En el ritual contemporáneo de la belleza, el cuerpo constituye un espectáculo, en consecuencia, éste se convierte en pura corporeidad, escenario para la aplicación fetichista de toda la tecnología contemporánea de la belleza, la cual va desde la cirugía plástica hasta el jogging y el físico-culturismo.
2. Los concursos de belleza, aprovechando el éxito internacional de las reinas venezolanas, también forman parte de una estrategia semio-política destinada a manipular una sociedad ávida de encontrar esperanzas perdidas.

Pero ¿Cómo nacen los concursos de belleza? Los concursos de belleza tienen una larga tradición mundial. La elección de reinas en el medio latinoamericano estuvo siempre asociada a los festivales, carnavales y festividades, tanto agrarias como urbanas. El reinado de la belleza, con el uso de coronas, báculos y trajes reales, constituye una imitación de las viejas monarquías europeas. Gracias a la penetración de culturas que se expresan en inglés se dejó de llamar “reinas” a las jóvenes electas y se las comenzó a llamar “Misses”.

Existen otros momentos donde se desarrolla y se explica el origen del reinado de belleza específicamente en dos eventos, en la Biblia, el libro de Ester (2:2:4) se describe el que, podríamos decir, fue el primer concurso de belleza. Tuvo lugar cuando el rey Ausero fue desafiado por la reina Vasti, y decidió convocar a un “concurso” para elegir a su nueva consorte. Ester, huérfana y criada por su primo Mardoqueo, se presentó ante el rey. Éste, impresionado por su belleza, le puso la corona, la nombró reina y ofreció un gran banquete en su honor.

Por otro lado, el origen se remite a la diosa griega de la discordia, Eris. Esta conflictiva deidad no fue invitada a la boda de Peleo y Tetis –futuros padres del héroe Aquiles–, por lo que, desairada y con toda la mala intención, hizo llegar a la fiesta una manzana de oro con la inscripción kallisti (para la más bella). De inmediato, surgió la discordia entre las asistentes, quienes se detuvieron cuando las diosas Hera, Afrodita y Atenea se acercaron para adueñarse de la fruta dorada; éstas solicitaron a Zeus que

nombrara a la más hermosa. El dios del trueno encargó a Paris, un príncipe troyano, la elección. Las tres diosas fueron acompañadas por Hermes, el mensajero de los dioses, a buscar a Paris y al encontrarlo, cada una de las candidatas intentó sobornarlo: Hera le prometió ser soberano del mundo, Atenea ser invencible en la guerra y Afrodita le prometió entregarle a Helena –esposa del rey Menelao-, la mujer más bella del mundo. Finalmente, el joven eligió a Afrodita, que además se convirtió en su protectora, y las otras dos deidades juraron venganza. Tiempo después, el príncipe raptó a Helena provocando así la Guerra de Troya.

Sin embargo, el origen de los concursos de belleza en los últimos siglos se afianza en el éxito de los concursos de perros, vacas y animales realizados a mediados del siglo XIX en Estados Unidos, por un empresario llamado Phineas Taylor Barnum. Pero hasta 1921 se oficializa el primer concurso de belleza que fue Miss America, en Atlantic City, Nueva Jersey, en 1921 donde la corona la obtuvo Margaret Gorman.

Concursos de belleza en Ecuador

En el contexto ecuatoriano, los medios masivos de comunicación marcan el inicio, desarrollo y continuidad de este proyecto que busca una *mujer ideal* e incluso *la mujer nacional* que represente al país. Los reinados de belleza se iniciaron en el año 1930 con el auspicio del periódico El Telégrafo y la elección de Sara Chacón como Señorita Ecuador, este evento de gran importancia para la época marca una pauta para la construcción y nuevas representaciones de la mujer a inicios del siglo XX. Dicho evento se consolida e institucionaliza en el año 1955 con la oficialización del certamen de Belleza *Miss Ecuador*, que ha alcanzado 64 ediciones hasta el año 2019.

En estos más de 50 años de concurso, existen hitos o acontecimientos donde la imagen de la mujer ecuatoriana se modifica y transforma según los requerimientos y contextos tanto nacionales como internacionales. Delimito cuatro momentos cruciales: la elección de Sara Chacón, Señorita Ecuador en 1930 como respuesta a la búsqueda de identidad nacional al celebrarse los 100 años de la constitución de Ecuador como República; en un segundo momento, la elección de la afrodescendiente Mónica Chalá como Miss Ecuador en 1995, para la investigadora, Andrea Pequeño, este evento es la contestación y el triunfo de los movimientos indígenas y afroecuatorianos que por medio

de sus luchas y demandas agitaron el país en los años 90, se puede interpretar como, “el reconocimiento de la nación ecuatoriana como nación multicultural y plurinacional”(Pequeño 2004, 116). Un tercer momento coloca en debate la unión nacional y el neoliberalismo que se vivía en el año 2004 cuando Ecuador fue sede del Miss Universo; considero que actualmente existen nuevas formas de representación de la mujer. Estamos frente a un hito marcado por una lucha entre la conservación y desaparición de los concursos que son el resultado de escenas y contextos socioculturales específicos, del país.

A inicios del siglo XX por los procesos de modernidad y modernización de las ciudades aparecen nuevas formas de representación. Estas lógicas de relación y búsqueda del hombre y mujer moderna son introducidas desde los nacientes medios de comunicación como prensa de gran tiraje y revistas, por eso no es de sorprenderse que el concurso Señorita Ecuador sea auspiciado por el periódico El Telégrafo con el apoyo de revistas locales como Claridad. En los años 60, con el auge de los medios de comunicación televisivos y la constante búsqueda de nuevas imágenes, el concurso ya institucionalizado como Miss Ecuador se traslada y es patrocinado a través de los canales de televisión nacional. De esta manera en el año 1995 el concurso es transmitido por Ecuavisa, canal nacional, habiendo sido uno de los eventos con mayor acogida y más caros de la época con un gasto total de más de 500 millones de sucres¹ y coronando a Mónica Chalá como la primera reina afrodescendiente de Ecuador.

Desde el año 70 hasta los 90, los postulados de la Industria Cultural planteado por Adorno y Horkheimer (1981) en su libro la *Dialéctica de la Ilustración*, dan pautas para comprender los reinados como un espectáculo que está atravesado por un capital simbólico y económico, que busca entretener a partir de la homogenización. En pocas palabras, la industria se adapta a los deseos por ella mismo creados para una obediencia pasiva de la jerarquía social: “los consumidores son los obreros y los empleados, los agricultores y los pequeños burgueses. La producción capitalista los absorbe de tal modo en cuerpo y alma, que se someten sin resistencia a todo lo que se les ofrece. Las masas

¹ En el diario El comercio del 10 de noviembre de 1995 en su columna de espectáculo señala que Miss Ecuador, es un negocio a mediano plazo, señala que el vínculo de este certamen con un medio de comunicación es rentable por varios aspectos como la publicidad y auspicios. Se puede observar la relación directa con los medios de comunicación y empresas de belleza y señala : “el dinero no es un problema cuando se trata de un espectáculo como este” (Miss Ecuador: Negocio a plazo medio 1995)

tienen lo que desean. Por eso se aferran sin dudar a la ideología con la que se las esclaviza”. (Horkheimer y Adorno 1981, 146)

Desde el año 1998 hasta la actualidad, Gama TV², canal de televisión ecuatoriano es dueño de la franquicia, Miss Ecuador. En este periodo, es evidente el vínculo entre el medio de comunicación y las empresas vinculadas al negocio de la belleza que son patrocinadoras oficiales del certamen. Por ejemplo, se puede encontrar la presencia de Rene Chardon, Yanbal, Stampa Spa, entre otras. Es necesario indicar que cuyas empresas son las de mayor crecimiento económico en el país³ con más de 150 millones de dólares de ingresos al año, según cifras del 2015.

² El Miss Ecuador, en colaboración con el canal Gama TV, hace dos transmisiones especiales: la primera para la elección del Mejor traje típico y la Miss Atahyua Fashion y la segunda para el evento de "La Noche Yanbal", en donde se presentan las candidatas al país por medio de un programa especial que es transmitido por el canal oficial del certamen Gama TV. La elección del Mejor traje típico lo hace un jurado especializado conformado por diseñadores y empresarios, los cuales premian al mejor diseñador y a la candidata que lo luce.

³ La industria de la cosmética ecuatoriana en el año 2017 creció de manera considerable, un 18% con relación a los anteriores años, según datos del Ministerio de Productividad: en el período comprendido entre 2009-2015. Esta industria cosmética exportó un valor de \$ 13'535,35 en promedio anual, con un crecimiento de 10,63%. Para 2015, las exportaciones se incrementaron en \$ 4 millones, tomando como referencia a 2014, lo cual representa un aumento del 42,9%. “Según el Consejo de la Industria de Cosméticos, Aseo Personal y Cuidado del Hogar de Latinoamérica (Casic), el continente es considerado como el de mayor crecimiento (17%) con amplio potencial de desarrollo y avances en investigación e innovación” (La industria cosmética ecuatoriana crece en promedio 18% anual 2017)

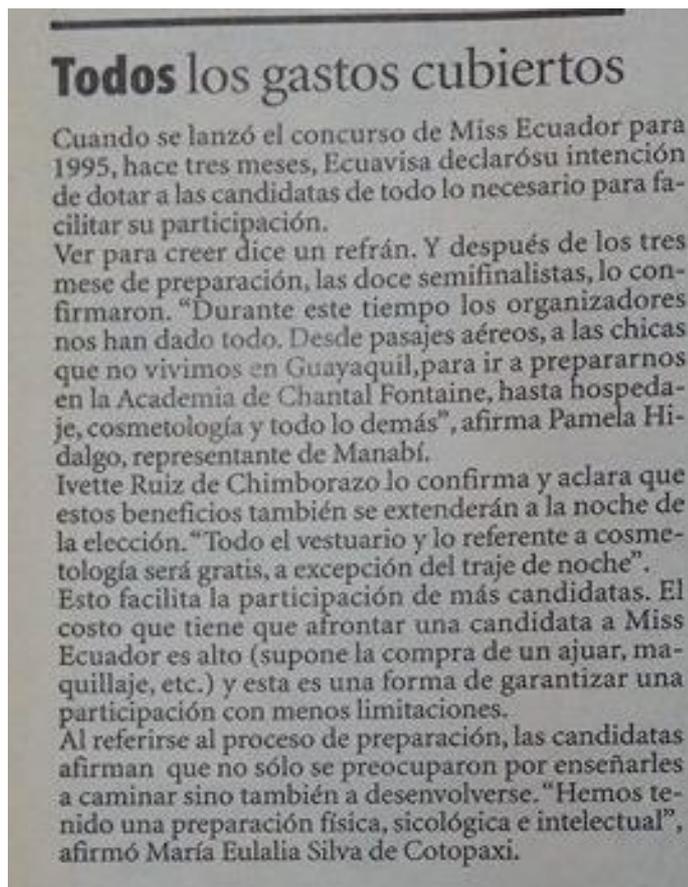


Figura 1. El Comercio: todos los gastos cubiertos. Miss Ecuador, 1995
 Fuente: Diario el Comercio (09 de noviembre de 1995)

Se entiende que la ganadora de Miss Ecuador debe ser la representante de todas y todos los ecuatorianos, un ejemplo de mujer, pero contradictoriamente debe adaptarse a las reglas internacionales. Ellas establecen un biotipo corporal que se ajusta a las medidas estándares de 90-60-90; no tener hijos; ser una mujer inteligente, aunque no deba opinar sobre temas políticos, económicos y religiosos. Para cerrar, queda preguntarse ¿Qué pasa con las mujeres de las periferias? ¿Qué pasa con el resto de la población femenina? Si, el reinado de belleza también constituye y se enmarca en un problema de clase y etnia donde la discriminación y racismo se ponen en juego y son los verdaderos jueces dentro del concurso.

Capítulo segundo

El segundo capítulo de esta investigación se dedica a la reflexión sobre categorías conceptuales fundamentales para el análisis de los concursos de belleza en el contexto ecuatoriano de los años 30. Se parte de la modernidad como categoría central, tomando como referencia las propuestas de Beatriz Arna, quien define la modernidad no como un fenómeno homogéneo, sino como un proceso histórico-cultural que se configura en una constante tensión entre lo tradicional y lo contemporáneo. Arna plantea que la modernidad debe entenderse no solo en términos de avances tecnológicos o económicos, sino también como una transformación de los valores, las estructuras sociales y las relaciones de poder. Este marco teórico resulta esencial para situar a Ecuador en la intersección de la modernización que se vivió en el país durante la primera mitad del siglo XX, especialmente en los contextos urbanos de Guayaquil y Quito.

A continuación, se introduce la categoría de bienes de consumo, con base en los trabajos de Arnold Bauer, para explorar cómo las prácticas de consumo material y simbólico se inscriben dentro de las dinámicas de modernización. Bauer (2001) señala que los bienes de consumo no solo cumplen una función utilitaria, sino que se convierten en agentes culturales que representan y refuerzan valores sociales, étnicos y de clase. En este contexto, los concursos de belleza, como fenómenos públicos y de consumo simbólico, se presentan como un medio a través del cual se construyen y negocian las representaciones de la nación, el cuerpo femenino y las identidades sociales. Los certámenes de belleza, en este sentido, no son meramente espectáculos de entretenimiento, sino que funcionan como espacios en los que se escenifican y reproducen las tensiones sociales de la época.

Este capítulo también ofrece una visión panorámica del Ecuador en la década de 1930, en la cual se busca contextualizar los procesos económicos, sociales y políticos que definieron la modernización del país, con especial énfasis en las ciudades de Guayaquil y Quito. En primer lugar, se proporciona una visión general sobre la situación económica de la época, caracterizada por la transición de una economía basada en la exportación de cacao a la dominancia del banano, producto clave en la relación comercial con los mercados internacionales. Este fenómeno se da en un contexto de

crisis mundial y transformaciones locales, donde las ciudades ecuatorianas comienzan a experimentar un proceso de urbanización y modernización acelerada, de la mano con un crecimiento demográfico y la consolidación de nuevas clases sociales.

La Revolución Juliana de 1925, como evento clave en este proceso de modernización, es analizada en este capítulo en términos de su impacto en la construcción del Estado-nación. A través de la promulgación de reformas políticas y sociales, la Revolución Juliana consolidó un nuevo orden político que favoreció la industrialización, la infraestructura urbana y el fortalecimiento de la clase media, elementos que jugaron un rol fundamental en la configuración de un Ecuador moderno y proyectado hacia la modernidad. Este evento constituye, por tanto, una etapa decisiva en la transición del país hacia nuevas dinámicas sociales, económicas y culturales, lo que contribuye a la reconfiguración de los discursos y prácticas relacionadas con el género y la identidad.

En la segunda parte de este capítulo, se realiza un análisis más detallado de Guayaquil como escenario privilegiado de la modernización. Como puerto principal del país, la ciudad experimentó un proceso de transformación radical, tanto en términos de su infraestructura urbana como en las dinámicas sociales que emergieron a partir de la expansión de la economía bananera. Esta transformación, que fue acompañada de un crecimiento demográfico y una consolidación de los sectores medios, generó un ambiente de efervescencia cultural y social. En este sentido, el estudio de Guayaquil se convierte en una oportunidad para analizar cómo la modernidad se vivió en el espacio urbano, cómo se desplegaron las luchas por el poder social y cómo se configuraron las identidades de clase, étnicas y de género.

El capítulo culmina con una reflexión sobre la relación entre mujeres y modernidad, tema central para entender los concursos de belleza como parte de los procesos sociales y culturales de la época. La mujer en los años 30 aparece como un sujeto que está en el centro de las tensiones sociales: por un lado, se la posiciona como el pilar de la familia tradicional, y por otro, se la presenta como un objeto de mercado, cuyas cualidades estéticas y simbólicas son moldeadas por las normas de belleza impuestas desde la modernidad capitalista. El cuerpo femenino se convierte en un espacio de lucha simbólica, donde se negocian representaciones sobre la identidad nacional, la raza y la clase social. En este sentido, los certámenes de belleza no son solo

un espectáculo, sino un campo de disputa donde se articulan las luchas por el poder, la identidad y la inclusión social.

Este primer capítulo no solo contextualiza el Ecuador de los años 30, sino que también proporciona las herramientas teóricas necesarias para analizar los concursos de belleza como fenómenos complejos, que entretengan los discursos sobre la modernidad, la identidad y el poder. A través de la exploración de categorías como la modernidad, los bienes de consumo y la mujer como sujeto político, se busca ofrecer una comprensión más profunda de los certámenes de belleza y su función dentro de los procesos de construcción de identidad nacional y social en el Ecuador moderno.

Los imaginarios y objetos de la modernidad

Iniciamos este trabajo de investigación con dos preguntas, que permitirán ubicarnos conceptualmente, ¿Qué es la modernidad? ¿Qué significaba la modernidad a principios del siglo XX? Beatriz Sarlo, profesora de literatura de la Universidad de Buenos Aires, nos introduce a esta categoría; plantea que la modernidad: “es un escenario de pérdida y de fantasías reparadoras. El futuro es ahora” (Sarlo 2003, 10). La autora toma el paisaje urbano de Buenos Aires en los años veinte y 30 para explicar los cambios, las *fantasías astrales* de estas tres primeras décadas, en las que se instaura una nueva ciudad fundada en lo moderno, cuya huella se leía en el crecimiento de los centros comerciales y también en los nuevos ritmos de la vida social, en la velocidad como gesto característico de la modernidad. Se genera un paisaje urbano de edificios, una ciudad caracterizada por su heterogeneidad. La ciudad moderna está atravesada por la migración y por un crecimiento demográfico acelerado, que no es específico de Buenos Aires, sino que se expande en todas las ciudades latinoamericanas, incluyendo las principales ciudades de Ecuador como lo son Quito y Guayaquil.

Durante este trabajo se utiliza la categoría de *modernidad*, del filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría. El señala que, “por modernidad, habría que entender el carácter peculiar de una forma histórica de totalización civilizatoria de la vida humana” (Echeverría 1989, 112). La modernidad tiene rasgos característicos como: el humanismo, el racionalismo moderno, el progresismo, el consumismo, el urbanicismo y el individualismo. Además, los procesos modernizadores responden a fenómenos

globales, donde los países que tienen economías menos desarrolladas son sometidos por los países desarrollados mediante la dominación y dependencia económica.

La interrogante sobre “¿Qué es modernidad?” y su relevancia para esta investigación surge como una necesidad analítica para entender las dinámicas sociales, culturales y políticas del siglo XX en Ecuador, particularmente en el contexto de los concursos de belleza. La modernidad, en su pluralidad de acepciones, representa un proceso histórico complejo de transformación, un conjunto de cambios estructurales y discursivos que alteran las relaciones de poder, las estructuras económicas y las formas de subjetividad. En este sentido, preguntarnos por la modernidad y lo que significó en el contexto ecuatoriano es crucial para contextualizar los fenómenos que, como los certámenes de belleza, emergen en una época marcada por la redefinición de los valores y las ideologías, así como por las tensiones entre lo tradicional y lo moderno.

Para la teoría social y cultural, la modernidad se ha entendido como un proceso de transformación que implica la disolución de estructuras premodernas y la irrupción de nuevos órdenes de organización social. Como sostiene Beatriz Sarlo, la modernidad no se presenta como un fenómeno homogéneo ni universal, sino como un espacio de tensiones, negociaciones y rupturas entre diferentes actores sociales. En el caso ecuatoriano, los años 30 se constituyen como un momento clave en la construcción de una nación moderna, en el que la urbanización, la expansión de las clases medias, y la reconfiguración de las relaciones políticas y económicas adquieren una relevancia central. Esta modernidad, entonces, no solo se trata de una transformación material, sino también de un cambio en las representaciones y en las formas simbólicas que definen lo que es considerado “moderno” en un determinado contexto histórico.

La modernidad de principios del siglo XX no se limita a la adopción de prácticas y valores provenientes del capitalismo global, sino que está profundamente influenciada por procesos internos de reconfiguración política y social. En este sentido, la Revolución Juliana de 1925, como un hito fundamental en la historia del Ecuador, no solo marcó un giro en las estructuras de poder, sino que también promovió una serie de transformaciones que buscaban integrar al país a los discursos de modernidad emergentes. La modernización, entendida como un proyecto político y cultural, estuvo impregnada de la idea de progreso, que a su vez se traduce en un ideal de nación

moderna, donde la mujer, a través de su representación en los concursos de belleza, se erige como uno de los principales vehículos simbólicos de esta transformación.

El análisis de los concursos de belleza, en este contexto, se convierte en una forma privilegiada para explorar cómo la modernidad se construye a través de la feminización del espacio público. Los certámenes de belleza no solo son espacios para la exhibición de la estética corporal, sino que reflejan las aspiraciones de una sociedad que busca afirmarse como moderna ante los ojos del mundo. A través de la elección de las “mujeres modernas”, los concursos de belleza se inscriben en una lógica simbólica que busca encarnar las cualidades deseadas de la nación en términos de clase, raza, y género, todo ello alineado con los valores hegemónicos de la modernidad.

El concepto de modernidad, entonces, adquiere una función analítica en este trabajo no solo como un marco temporal, sino como un campo de tensiones discursivas en el que las mujeres, los cuerpos y las representaciones juegan un rol central. La pregunta sobre la modernidad nos permite, por un lado, situar los concursos de belleza como una manifestación de los proyectos de modernización en Ecuador, y por otro, nos brinda una herramienta para entender cómo estos certámenes no solo reproducen estereotipos de belleza, sino que también participan activamente en la construcción de identidades nacionales, a través de la construcción simbólica del cuerpo femenino.

La modernidad, entonces, se presenta en este análisis como un proceso de transformación cultural, política y social que, a través de las representaciones femeninas, actúa como un espacio de disputa en el que se negocian las formas de ser y de estar en el mundo, con sus implicaciones de clase, raza y género. A través de esta reflexión sobre la modernidad, se busca no solo tejer un vínculo entre los concursos de belleza y los procesos de modernización, sino también ofrecer una visión crítica sobre cómo la construcción de la nación moderna en Ecuador fue un proceso que, al mismo tiempo, excluía y marginalizaba otras formas de ser, particularmente aquellas que no se ajustaban a los ideales normativos de belleza, raza y feminidad.

La categoría *bienes de consumo*, de Arnold J. Bauer (2001), permite realizar un acercamiento y análisis más amplio de las nacientes ciudades modernas y la constante búsqueda de los latinoamericanos de identidad. Este autor dialoga de manera permanente con los planteamientos de García Canclini con respecto al consumo, su relación con la producción de bienes que modifican y son un elemento clave para

distinguir y caracterizar las clases sociales: “las clases se diferencian, igual que en el marxismo, por su relación con la producción por la propiedad de ciertos bienes, pero también por el aspecto simbólico del consumo, o sea por la manera de usar los bienes transmutando en signos.” (García Canclini 2004, 59)

La cita de Néstor García Canclini destaca cómo las clases sociales se distinguen no solo por su relación con la producción y la propiedad de bienes, sino también por el consumo simbólico: la manera en que los bienes se utilizan y se transforman en signos que comunican estatus y pertenencia. Este concepto es esencial para analizar los concursos de belleza, ya que estos eventos no solo exhiben atributos físicos, sino que también representan y refuerzan valores sociales, culturales y económicos.

La vestimenta y vivienda son dos elementos que marcan pautas de identificación, separación, y distinción del *yo* mestizo vs el *otro*: indígena. Es a través de estos bienes de consumo y un constante cuestionamiento acerca de la identidad que se genera un sentimiento de *inautenticidad* en los mestizos y por lo tanto la incapacidad de encontrarse a sí mismo como lo plantea el teórico ecuatoriano Agustín Cueva, en su ensayo *Mito y verdad de la cultura mestiza* (1965)

El problema fundamental de la clase media radica en su inautenticidad. En ello quiero hacer hincapié porque este grupo social, a diferencia de los inferiores que son verdaderamente aplastados por el sistema, ha tenido y tiene mayores posibilidades de forjar una cultura (...) Dicha inautenticidad se explica por dos hechos fundamentales: el pecado original de la conquista y la peculiar situación económica de la clase media dentro del conjunto nacional. (Cueva 1987, 54)

En resumen, a partir de las ideas de Cueva sobre la inautenticidad de la clase media mestiza, es posible observar cómo los concursos de belleza funcionan como espacios que refuerzan y reproducen las desigualdades sociales y raciales. Al celebrar una identidad mestiza de clase media, estos certámenes no solo refuerzan una narrativa de “modernidad” y “progreso”, sino que también perpetúan la exclusión de otras identidades culturales y étnicas, como las indígenas y afrodescendientes, que no se ajustan al ideal de belleza impuesto por las élites dominantes.

La categoría de bienes de consumo de Arnold Bauer resulta fundamental en esta investigación, ya que permite analizar los concursos de belleza como fenómenos culturales que no solo responden a transformaciones sociales y

políticas, sino que también son parte de un sistema de consumo que articula significados y valores dentro del proceso de modernización en Ecuador. Según Bauer, los bienes de consumo, lejos de ser simplemente objetos utilitarios, se convierten en elementos cargados de valor simbólico, es decir, adquieren un rol en la construcción de identidades, representaciones de estatus y aspiraciones dentro de una sociedad en transición.

En este contexto, los concursos de belleza pueden ser interpretados como productos simbólicos que no solo representan modelos estéticos de la época, sino que son, a su vez, vehículos de proyección de la modernidad y el progreso en el Ecuador de los años 30. Esta mirada nos permite comprender que el certamen de Miss Ecuador de 1930 no se limita únicamente a una competencia de belleza física, sino que es un medio para la construcción de una identidad nacional, asociada con ciertos patrones de consumo cultural y estético que se establecen como ideales dentro de la sociedad. Este tipo de “producto” simbólico, representado a través de las figuras femeninas seleccionadas en los certámenes, sirve para ilustrar el proceso mediante el cual las representaciones de la mujer se inscriben en los discursos de modernidad y nacionalismo que definían las transformaciones sociales de la época.

Siguiendo a Bauer, la modernidad en América Latina no puede entenderse sin considerar el fenómeno de los bienes de consumo, ya que estos son los que permiten visualizar las tensiones entre la modernidad occidental y las tradiciones locales, especialmente en un contexto como el ecuatoriano, donde los procesos de modernización se encuentran fuertemente influenciados por la construcción de una identidad mestiza, urbana y progresista. Los certámenes de belleza, al funcionar como un bien de consumo cultural, no solo responden a las aspiraciones sociales de las clases medias emergentes, sino que también actúan como dispositivos de integración que promueven un ideal de nación que se articula en torno a la figura de la mujer como símbolo de modernidad.

La relevancia de la categoría de bienes de consumo radica, entonces, en su capacidad para analizar cómo los concursos de belleza, lejos de ser eventos puramente lúdicos o espectáculos superficiales, se constituyen como una forma de consumo simbólico que se entrelaza con las dinámicas de la modernidad, la

economía de mercado y los procesos de identidad nacional. En este sentido, los certámenes no solo operan como espacios de socialización de las representaciones de belleza, sino que también son procesos económicos y políticos que vehiculizan ideologías que dan forma a una identidad colectiva y nacional que se construye y se consume tanto de manera material como simbólica.

Por lo tanto, el concepto de bienes de consumo de Bauer nos permite comprender cómo los concursos de belleza, como productos culturales, son una manifestación de los mecanismos de consumo cultural que estructuran la modernidad en Ecuador, al tiempo que actúan como espacios de disputa simbólica sobre la representación nacional, las clases sociales y la identidad colectiva. Estos certámenes, como productos de consumo simbólico, ofrecen un campo de análisis que refleja no solo las dinámicas de mercado y consumo de la época, sino también las tensiones y construcciones ideológicas sobre el cuerpo femenino, la belleza y la identidad nacional en el proceso de modernización.

Capítulo tercero

Este capítulo se sitúa como el núcleo teórico y analítico del trabajo, dado que aborda los elementos clave para comprender las complejas intersecciones entre modernidad y representación nacional en el Ecuador de los años 30. En este apartado, no solo se establece una conexión entre los procesos históricos de modernización y su impacto en las dinámicas sociales y de género, sino que se emplean técnicas de archivo como herramienta metodológica central. El uso del archivo permite examinar cómo los discursos sobre la mujer fueron construidos, negociados y legitimados en la prensa, las revistas y los registros históricos de la época.

Para estructurar esta discusión, el capítulo comienza con una aproximación al contexto nacional del Ecuador durante los años 30, un periodo marcado por transformaciones políticas, económicas y culturales impulsadas por la Revolución Juliana (1925-1931). Este movimiento no solo significó una reorganización del Estado y de las estructuras de poder, sino que también introdujo dinámicas de modernización que afectaron todos los aspectos de la vida cotidiana. La consolidación del Estado como un actor regulador, el crecimiento de las ciudades, especialmente Guayaquil, y los debates sobre el progreso y la nación marcaron el escenario en el que las mujeres comenzaron a ocupar un espacio más visible, aunque todavía limitado, en el ámbito público.

Desde esta perspectiva general, el análisis se desplaza hacia un enfoque más específico en Guayaquil, ciudad que se convirtió en el epicentro económico y cultural del Ecuador durante este periodo. Guayaquil no solo lideró los procesos de modernización en términos de infraestructura y comercio, sino que también se posicionó como un espacio simbólico donde las narrativas sobre la modernidad se entrelazaron con representaciones particulares de género. En este contexto, la mujer fue concebida como un símbolo de progreso, moralidad y estética nacional, pero también como un espacio de disputa entre tradición y modernidad.

El capítulo avanza explorando cómo estas construcciones se articularon en los medios de comunicación, particularmente en la prensa y revistas del inicio del siglo XX. Estos espacios mediáticos no solo reflejaban las tensiones culturales y sociales de la

época, sino que también funcionaban como dispositivos para moldear y perpetuar ciertos imaginarios femeninos. A través del análisis de estas publicaciones, se pone de manifiesto cómo las representaciones de las mujeres en estos medios jugaron un papel clave en la difusión de un proyecto de modernidad que las situaba como portadoras de valores tradicionales, al tiempo que se buscaba incorporarlas al discurso de progreso nacional.

El capítulo culmina con un análisis detallado del certamen de Señorita Ecuador de 1930, un evento emblemático que condensa las tensiones y aspiraciones del periodo. A través del caso de Sarita Chacón, se exploran dos dimensiones fundamentales. Primero, cómo este tipo de certámenes contribuyeron a la construcción de la imagen de la “mujer nacional”, un ideal que articulaba elementos de feminidad, modernidad y moralidad. Este análisis revela cómo el reinado no solo legitimaba ciertos valores estéticos y sociales, sino que también contribuía a un proyecto identitario que buscaba definir lo ecuatoriano

En segundo lugar, se examina el reinado de Chacón como una ventana para observar las dinámicas de movilidad social de la época. Este certamen, lejos de ser un espacio meramente estético, se convierte en un escenario donde las mujeres podían trascender algunas barreras de clase, utilizando su participación como una estrategia para acceder a nuevos espacios de reconocimiento y legitimación social. El análisis de estos aspectos se enriquece con el uso del archivo, que permite reconstruir no solo los discursos dominantes, sino también las tensiones, contradicciones y resistencias presentes en torno a la figura femenina.

La densidad teórica y el alcance analítico de este capítulo explican su extensión y su posición central dentro del trabajo. Al integrar técnicas de archivo, el análisis aquí presentado busca ir más allá de una descripción histórica para ofrecer una interpretación crítica de cómo los procesos de modernización en el Ecuador de los años 30 definieron el lugar simbólico de las mujeres en la construcción de un proyecto nacional. Este enfoque permite no solo comprender el pasado, sino también trazar las resonancias de estas dinámicas en los discursos contemporáneos sobre género y nación.

Ecuador en los años 30

Para Juan Manguashca (2012), Ecuador en los años 30 se caracteriza por su producción de bienes primarios y su relación temprana con la exportación de los mismos. La exportación de cacao, que era el principal rubro de ingresos en el país, se ve afectada por la enfermedad de la planta y por la crisis mundial de los años 30, que dan paso a una economía basada en la exportación de un nuevo bien de consumo mundial, el banano.

La crisis del cacao fue, en parte, una crisis comercial que comenzó en 1914. En efecto, la Primera Guerra Mundial tuvo un fuerte impacto negativo sobre la economía cacaotera, debido a los lazos existentes entre Guayaquil y Hamburgo desde 1890. Además, los hacendados del cacao vinculados a bancos alemanes perdieron una importante fuente de crédito. Por fin, aunque el cacao ecuatoriano encontró un nuevo mercado en los Estados Unidos, las fuertes restricciones impuestas por varios países europeos perjudicaron seriamente su comercio. (Manguashca 2012, 88)

Durante este proceso económico fuerte y de nuevas dinámicas sociales las clases medias se consolidan. La migración campo-ciudad es un fenómeno que cambia el paisaje urbano, tanto en estructura arquitectónica, crecimiento demográfico, como en su tejido social. La obra emblemática de la época, el ferrocarril es símbolo de modernidad y progreso, e inaugura nuevas rutas conectando la Sierra y la Costa del país.

El ferrocarril representó la modernidad. Su construcción abrió no sólo el espacio de interrelaciones regionales, sino la reforma económica. Tuvo por mira la ampliación del mercado interno y el flujo comercial entre sierra y costa. Contribuyó a la valorización de las tierras por donde pasaba y a su mercantilización. Además, introdujo formas salariales y liberó mano de obra ancestralmente sujeta a la hacienda en virtud del concertaje y el endeudamiento campesino. Fracturó, así, el dominio terrateniente andino. Propició la ampliación de las fronteras agrícolas costeñas dedicadas al cultivo del cacao, el producto central en las exportaciones del país. (Paz y Miño 2009a, 56)

En 1930 la población de Quito se triplicó, llegando a un total de 120.000 habitantes. El desarrollo de Quito como capital y Guayaquil como centro económico, se tradujo en una modificación de la construcción y distribución de los tipos de viviendas. Las nuevas formas de modificar la ciudad se expresaban en conjuntos habitacionales y en el consumo de bienes culturales. Pero también se producía una diversificación de los grupos sociales y la visibilización de dicha diversidad en la esfera pública como actores

importantes de la época. Los años 30 en Ecuador se caracterizan por un crecimiento de la industria textil y reducción de importaciones.

Uno de los bienes de consumo que se fortalece en este periodo es la vestimenta, que tenía doble función; por un lado, era un signo de distinción de los mestizos con los otros, indígenas, y para los segundos era un símbolo de identidad. Los sectores sociales medios buscaban, a través del consumo de vestimenta, y otros bienes diferenciarse y emular a las clases sociales altas, “eliminando cualquier asociación con su pasado indio o aldeano.” (Bauer 2001, 243)

La modernidad capitalista se fortalece en los años 20 y 30 por medio de la expansión de los bienes de consumo. Para Bolívar Echeverría la modernidad es un proyecto civilizatorio que se inscribe en la vida cotidiana. Además plantea que para disfrutar de la presencia social *moderna* no bastaba con la consolidación de los procesos capitalistas, como la construcción de ciudades modernas y nuevas formas de concebir al hombre ecuatoriano moderno como símbolo identitario, sino que debíamos aparentar ser un país moderno: “la forma se hizo fondo, lo accidental devino esencial, lo casual necesario, lo retórico central, y surgió una peculiar identidad moderna, la blanquitud, según la cual no basta con ser moderno capitalista sino también hay que parecerlo” (Echeverría 2012, 235) Bajo este postulado ¿Qué más moderno que un concurso que busque la belleza de la mujer nacional

En el análisis de la relación entre modernidad, blanquitud y los concursos de belleza, uno de los textos fundamentales que nos ayuda a comprender esta conexión es el trabajo de María Emma Manrelli,(1999), *Limpias y Modernas*. En este estudio, Manrelli examina cómo los certámenes de belleza en América Latina, en particular en Argentina, se constituyen como espacios de socialización de ciertos ideales de belleza que están profundamente ligados a la construcción de la blanquitud como el modelo de modernidad.

La blanquitud en este contexto no solo se refiere a una característica racial, sino a un ideal social y cultural que, al ser asociado con la modernidad, implica la aspiración a un orden social y estético occidentalizado, eurocéntrico. La modernidad, tal y como la conciben los discursos de los siglos XIX y XX en América Latina, está vinculada a la europeización y la asimilación de patrones de consumo y estéticos que privilegiaban la figura del individuo blanco. Este ideal de la “blancura” no es solo racial, sino que

también encierra una serie de valores asociados con la urbanidad, el progreso, la civilización y el éxito social.

En el caso de los concursos de belleza, estos son un claro ejemplo de cómo la blanquitud se presenta como el patrón que define la belleza moderna. Según Manrelli (1999) los certámenes de belleza funcionan como mecanismos de validación y proyección de este modelo ideal de mujer. En estos espacios, las características físicas que se celebran—como la piel clara, el cabello lacio y el cuerpo esbelto—están claramente alineadas con los estereotipos de belleza occidental que se asocian con los valores de la modernidad y el progreso. Es decir, los concursos de belleza no solo sirven para destacar los atributos físicos de las mujeres, sino también para reafirmar una estructura social que asocia la belleza femenina con la construcción de una nación moderna, civilizada y orientada hacia el futuro, en la que el ideal blanco es central.

Manrelli sostiene que este fenómeno no es accidental, sino que responde a un proceso histórico más amplio en el que las élites latinoamericanas, influenciadas por el pensamiento moderno y eurocéntrico, buscan legitimarse a través de la imposición de la blanquitud como símbolo de modernidad. Los certámenes de belleza, en este sentido, permiten observar cómo las mujeres, representadas por su belleza física, se convierten en vehículos de esta identificación racializada de la modernidad. De esta forma, la modernidad no solo está vinculada con el acceso a nuevas formas de vida urbana, sino que también se articula con el acceso a una estética privilegiada que rechaza la diversidad étnica y cultural, invisibilizando o subyugando las identidades no blancas, como las indígenas, negras y montubias, que han sido históricamente consideradas ajenas a los ideales de modernidad.

Este vínculo entre modernidad y blanquitud es clave para entender cómo los concursos de belleza refuerzan y reproducen una estructura social basada en normas raciales y de clase que posicionan a ciertos cuerpos como más adecuados para representar a la nación en un contexto internacional. En este sentido, los certámenes de belleza son espacios donde se consagra la exclusión de cuerpos y características que no se alinean con el ideal moderno blanco, y donde la mujer que es “limpia” y “moderna” es la que se ajusta a los parámetros de belleza que privilegian la blanquitud.

En conclusión, la relación entre modernidad, blanquitud y los concursos de belleza revela cómo las dinámicas de poder, de representación y de consumo cultural se

entrelazan en los certámenes de belleza, construyendo una narrativa de progreso y civilización que privilegia la figura de la mujer blanca, mientras que marginaliza a otros cuerpos, etnias y representaciones de belleza. Al entender esta relación, podemos visibilizar los procesos de exclusión que se reproducen en la sociedad moderna y cómo estos procesos siguen influyendo en los imaginarios colectivos, no solo en el ámbito del entretenimiento, sino también en la construcción de la identidad nacional y cultural.

Revolución Juliana y procesos de modernización en Ecuador

El estado liberal originado en 1895 tiene dos momentos: la radical que terminó con la muerte de Eloy Alfaro en 1912, y la moderada, que se encontraba al servicio de la banca privada que termina el 9 de julio de 1925 con la Revolución Juliana⁴. En este periodo de 30 años, los grupos oligárquicos de la costa del país se imponen frente a los hacendados serranos. Para el historiador Juan José Paz y Miño esta revolución no es un hecho aislado, sino es considerado como un ciclo de la historia contemporánea, que tiene su origen en el golpe de Estado al presidente Gonzalo S. Córdova, que concuerda con la crisis cacaotera y el deterioro del liberalismo después de pactar con la banca privada.

Esta época cacaotera coincidió, finalmente, con el ascenso y luego el declive del liberalismo como tendencia ideológica y política en el país. En 1895, nacida en Guayaquil, se inició la fase radical de la Revolución Liberal Ecuatoriana acaudillada por Eloy Alfaro. Pero desde 1912, tras la muerte del célebre Viejo Luchador, paulatinamente el liberalismo se comprometió con el sector burgués-oligárquico que hegemonizaba la vida nacional, hasta derivar el liberalismo en un partidismo político aliado a la “plutocracia” bancaria. Este dominio desgastó las esperanzas liberales y frustró la identificación con las causas populares, de manera que en 1925, coincidiendo con la crisis cacaotera y puso fin a la hegemonía liberal-oligárquica e inicio un nuevo ciclo de la vida política. (Paz y Miño 2011, 1)

Para tener una visión amplia de la Revolución Juliana, es importante remitirse al *boom cacaotero* y su influencia dentro de las relaciones sociales políticas y económicas del país. La independencia de Guayaquil en el año 1820 marca el inicio de esta época de prosperidad para un sector de la población, que mira al cacao como la *pepa de oro*,

⁴ La Revolución Juliana fue un golpe militar protagonizada por la Liga Militar (jóvenes militares de bajo rango) que se efectuó el 9 de julio de 1925 en el gobierno de Gonzalo S. Córdova y duro seis años (1931).

que será el principal producto de exportación durante un siglo. Sin embargo, el auge tendrá una duración de 40 años (1880-1920) que coincide con dos fenómenos: por un lado, la modernización de las ciudades y por otro el fortalecimiento económico-político de las haciendas de la Costa, que provoca la consolidación del primer núcleo de la burguesía comercial y financiera del país.

El crecimiento económico de las regiones sierra y costa no fue homogéneo; estaba sustentado en un modelo agroexportador; por lo tanto, el precio del cacao, principal producto de exportación dependía totalmente de las condiciones y del mercado internacional. Para el historiador Juan Paz y Miño, existió una especialización regional: la sierra se dedicaba al cultivo de granos, cereales, y la costa se dedicó al monocultivo de cacao. Los factores mencionados anteriormente tenían una relación con las condiciones de los trabajadores. En la Sierra se había consolidado, al menos desde el siglo XIX, el huasipungo⁵ como sistema de producción, mientras que en la Costa predominó la sembraduría y peonaje, que tenían como ventaja frente al huasipungo, el pago de salario, lo que provocó el aumento de la migración hacia la costa.

En los últimos 40 años del *boom cacaotero*, Guayaquil pasó a ser el primer centro económico del país, “Las ventas del cacao generaron los mayores ingresos por exportaciones y financiaron significativamente el presupuesto estatal. Gracias al cacao ecuatoriano también se expandió el negocio de chocolates en Estados Unidos, Alemania y Suiza.” (Paz y Miño 2009a, 53)

La explotación de cacao desplazó a los terratenientes, que en su mayoría eran pequeños y mediados productores, para crear grandes haciendas; es así que alrededor de 20 familias⁶ controlaron el 70% de las tierras productivas, beneficiándose de la fuerza laboral de los campesinos, de la demanda de la fruta y de los precios competitivos. Todos estos factores permitieron que los dueños de haciendas amplíen sus negocios, los bancos, empresas comerciales, compañías fueron sus primeras inversiones. La

⁵ Para Juan Paz y Miño el huasipungo, un sistema de trabajo precario ("precapitalista") que consistió en el arraigamiento de las familias campesinas a la hacienda, ya que, a cambio del usufructo de una pequeña parcela, ellas se obligaban a desempeñar las labores agrícolas y tareas subsidiarias como el pastoreo, acarreo de agua y leña, y servicios domésticos, generalmente pagados con un exiguo jornal (Paz y Miño 2009, 52).

⁶ Según los datos establecidos por Paz y Miño las siguientes familias tenían en control de las haciendas cacaoteras: Aspiazu (57 propiedades), Puga (16 propiedades), Seminario (39 propiedades), Caamaño (Tenguel), Morla (28 propiedades), Durán-Ballén (La Clementina), Burgos (23 propiedades), Mandinyá (8 propiedades) y Sotomayor (4 propiedades).

concentración de poder económico, como fruto de las rentas de cacao en la ciudad de Guayaquil, generó una incipiente burguesía, que no solo controlaba los cultivos del cacao, sino que se adueñó de servicios básicos como la luz, el teléfono, el alumbrado.

Pronto surgió un reducido grupo de unas 20 familias, que controló más del 70 % de las tierras productivas y concentró las propiedades, formando verdaderas dinastías, como los Aspiazu (57 propiedades), Puga (16 propiedades), Seminario (39 propiedades), Caamaño (Tenguel), Morla (28 propiedades), Durán-Ballén (La Clementina), Burgos (23 propiedades), Mandinyá (8 propiedades) y Sotomayor (4 propiedades). Estos hacendados, conocidos como los "gran cacao", aprovecharon de la creciente demanda internacional de la fruta y sus atractivos precios, pero, sobre todo, de la fuerza laboral de campesinos sembradores y peones, escasamente remunerados y sometidos a severas condiciones de endeudamiento. (Paz y Miño 2011, 4)

Este conjunto de familias a su vez fundó bancos y las primeras industrias de alimento. Algunos investigadores, entre ellos Maiguashca y Paz y Miño, proponen que los vínculos económicos que se marcaron en esta época conformaron un grupo cerrado dominante, que se la identificó como oligarquía.

Aún los gobiernos se vieron condicionados por las influencias políticas y económicas de la oligarquía. Con el comienzo del siglo XX, la dependencia financiera del Estado con la poderosa banca guayaquileña fue en aumento, a tal punto que uno solo de los bancos, el Comercial y Agrícola de Guayaquil, comprometió fraudulentas emisiones monetarias, llegó a ser el más fuerte acreedor del Estado y su gerente, Francisco Urbina Jado era un gobernante más de la nación. (Paz y Miño 2009b, 55)

Pero ¿qué buscaba la Revolución Juliana? ¿Cuál era su objetivo? En primer lugar, no se reconsideraba regresar a un estado liberal radical, sino la modernización de las instituciones del Estado; “el objetivo era construir un modelo de desarrollo regularizador de la economía” (Bonilla 1987, 42) pero también la búsqueda de un proyecto nacional.

Ricardo Paredes, fundador del partido Comunista del Ecuador, manifestaba que la hegemonía del capital financiero y notablemente de la plutocracia de Guayaquil se había hecho insoportable, que la situación económica del país se agravaba perjudicando a la clase trabajadora. El boom cacaotero marcó aún más las diferencias sociales y el estado de explotación de campesinos y la dominación comercial y bancaria.

El historiador Juan J. Paz y Miño señala que los civiles, de la mano de la junta militar, buscaban una nueva época para el país y tenían razones fuertes para el control del Estado. Una de ellas la profunda inconformidad por la protección a los hacendados,

comerciantes y banqueros que el Estado proveía, en contraste con la represión a los movimientos sociales que se encontraban en ascenso. En Guayaquil desde 1896 a 1914 se conformaron 25 sociedades de obreros. Los gremios fueron partícipes de huelgas para mejorar las condiciones laborales, se funda la Confederación Obrera del Guayas (1905), se realiza el Primer Congreso Obrero Ecuatoriano (1909).

Para Martha Rodríguez, el apoyo y crecimiento de la izquierda permitió la movilización además la sindicalización en a partir del año 1934,

No eran movimientos aislados, y en muchos acercamientos interclasistas (sobre todo del Partido Comunista) se buscó una “adhesión orgánica” entre intelectuales y trabajadores. En paralelo a su labor en la emisión de cuerpos legales desde el estado, el Partido Socialista destacó por su apoyo en lo contencioso, en un creciente número de juicios y demandas laborales que requirieron arbitraje estatal. (Rodríguez 2014, 46)

Otro de los objetivos de la revolución juliana era dar por terminada la hegemonía de los bancos privados, entre ellos el Banco Comercial y Agrícola, que tenía la capacidad de emitir billetes. Identificaban a la banca privada como la *Bancocracia plutocrática guayaquileña*. La Revolución Juliana, como lo indica Adrián Bonilla, requería una reforma monetaria, que ponga en manos del Estado la determinación de las políticas y también el riesgo que implicaba la economía dependiente. El objetivo de la Revolución Juliana era reivindicar al *hombre proletario*. Para el historiador Paz y Miño esta época buscaba el tránsito del liberalismo al socialismo.

Algunos investigadores coinciden que este cambio fue trascendente para los procesos de modernización y la instauración estatal. Para Valeria Coronel (2022) tanto los sectores liberales como comunistas, reconocieron que las instituciones fruto de la revolución permitieron crear un canal de comunicación entre el Estado y los sectores sociales, pero ¿qué instituciones se crearon en este periodo? ¿cuál fue la importancia de la creación de instituciones?

La Junta Militar señala, en su acta de reunión del 20 de mayo de 1925 (antes del golpe), las aspiraciones y finalidades de la Revolución; entre ellas resaltan: centralización de rentas y servicios administrativos; nivelación del presupuesto estatal suprimiendo egresos innecesarios; potestad del Banco Nacional para dar valor a la moneda; construcción de obras públicas; fomento de la instrucción primaria; leyes para mejorar las condiciones del obrero ecuatoriano; leyes para dignificar la raza indígena, entre otros.

Cecilia Duran (2000) sostiene que las instituciones creadas a partir de 1925 tenían como objetivo final, la centralización de los fondos públicos y creación de límites a las entidades bancarias privadas, que en el periodo anterior tenían el apoyo estatal. Para esto se fundó el Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Superintendencia de Bancos, Contraloría General del Estado, además de la creación de un sistema de protección social, seguros de vida, soluciones a problemas de vivienda entre otros por medio de la Caja de Seguro de empleados privados y obreros industriales.

Otro punto importante de este cambio estructural es el fomento a la producción agrícola con la instauración de las cámaras de agricultura de la primera y segunda zona, que antes se encontraban en manos privadas, al mismo tiempo se fundó el Banco Hipotecario del Ecuador que después se llamará Banco Nacional de Fomento. Con respecto a la educación y la salud se fundaron colegios fiscales, entre ellos el Colegio Gran Colombia (1935) y el Colegio Montufar (1941), el reintegro del Colegio Militar Eloy Alfaro a la categoría de segunda enseñanza y la creación de los hospitales públicos: Eugenio Espejo (1933) y Hospital Baca Ortiz (1938).

Para Martha Rodríguez (2014) la Revolución Juliana establece una base jurídica-institucional que permite que se conformen dos matrices culturales: la de izquierdas con la conformación del partido socialista en 1926 y la conservadora. La matriz conservadora o de derechas tenía como representantes a Jacinto Jijón y Caamaño, Julio Tobar, Carlos Larrea, Carlos María de la Torre. Durante los 20 años que duró la Revolución Juliana (1925-1945) existieron varias iniciativas, que se modificaban para dar respuesta al proyecto político conservador, no obstante, se puede caracterizar a esta matriz como católica, hispanófiloconservador, clerical de ultra derecha y con énfasis en el aspecto educativo. Pero, para ellos ¿Qué era la nación ecuatoriana? ¿Cómo se debía construir? Existía un prototipo del hombre ecuatoriano que era la figura del terrateniente blanco con linaje español y el idioma como la raíz hispánica capaz de concebir el mundo; tuvo como resultado productos culturales como la poesía mariana; como menciona Rodríguez: “La clave puede radicar en el rol socio-político de lo simbólico; en este caso, de la ideología religiosa sumada a los aportes a los mitos fundacionales de la ecuatorianidad, que se reconstituyeron luego de la Guerra del 41.” (Rodríguez 2014, 60)

Por otro lado se encontraba la matriz de izquierdas, que tenía como objetivo la incorporación de lo popular, la recuperación del folcklor montubio y los aspectos costumbristas urbano rurales; sus representantes eran Joaquín Gallegos Lara, José de la Cuadra, Rodrigo Chávez González, entre otros, sin dejar de lado el planteamiento de Benjamín Carrión, que buscaba conjugar lo popular con lo mestizo, “su propuesta empezó a perfilarse a fines de los años 30, se posicionó en 1941-1944, y se volvió política pública estatal en agosto 1944.” (Rodríguez 2014, 60)

Reunió varias propuestas que incorporaban lo popular, aunque entendiéndolo desde diversas perspectivas: La más combativa y significativa de la década del 30 fue el ala nacional-popular (la llamamos así por su cercanía al concepto gramsciano de nacional popular, aunque ellos no se autodenominaran así), liderada por Joaquín Gallegos Lara. Una segunda ala se enfocaba en lo folklórico; estaba conducida por Rodrigo Chávez González, y procuraba recuperar el folklore montubio. Una tercera ala se centró en aspectos costumbristas urbano-rurales, y era la base de la formación guayaquileña Alere Flammam. Un grupo de cercanos-al-Grupo-de-Guayaquil se escindió de Alere Flammam en 1936-1937, y plegaron a idearios democrático-populares. (Rodríguez 2014, 61)

En conclusión, la Revolución Juliana de 1925 es un acontecimiento de fundamental importancia para el contexto de los años 30 en Ecuador, ya que representa un punto de inflexión en la estructura política, económica y social del país. Este evento no solo alteró las relaciones de poder tradicionales, sino que también abrió un espacio para la modernización de la sociedad ecuatoriana, lo cual resulta esencial para comprender los procesos de transformación urbana, cultural y simbólica que se dieron en ese periodo, particularmente en relación con los concursos de belleza y la representación de la modernidad en el Ecuador.

Fue un acto de reorganización política que implicó el derrocamiento de la oligarquía conservadora y el ascenso de nuevas élites, en su mayoría vinculadas al sector militar y a clases medias urbanas. Este cambio facilitó la implementación de una serie de reformas que buscaban la consolidación del Estado-nación moderno. Las reformas estructurales, que incluyeron la modernización de las instituciones políticas, sociales y educativas, permitieron la creación de un nuevo marco de relaciones en el que las ideas de progreso y desarrollo se vincularon estrechamente con una visión de la modernidad centrada en los valores de la blanquitud y la europeización de las élites. Este proceso tuvo profundas repercusiones en la conformación de la identidad nacional y en las

representaciones culturales, reflejadas, entre otros elementos, en los concursos de belleza.

Además de las reformas políticas, la Revolución Juliana permitió un proceso de modernización económica que abarcó la diversificación de la economía, el impulso de la industrialización incipiente y la construcción de infraestructura clave, como el ferrocarril y otras obras públicas. Estas políticas contribuyeron a la urbanización de las principales ciudades del país, especialmente Quito y Guayaquil, y facilitaron la expansión de una clase media urbana que jugó un papel central en la apropiación y difusión de los valores asociados a la modernidad. En este sentido, el cambio económico favoreció la creación de una nueva cultura de consumo que tuvo un impacto directo en la construcción de la imagen de la mujer moderna, representada principalmente en los concursos de belleza como un símbolo de la progresiva civilización del Ecuador.

Uno de los elementos más significativos de la Revolución Juliana fue su capacidad para redefinir la identidad nacional. Las reformas de este período no solo impactaron en las estructuras políticas y económicas, sino que también reconfiguraron las narrativas sobre el cuerpo nacional. La figura de la mujer, especialmente en las ciudades de Quito y Guayaquil, comenzó a ser percibida como un símbolo de modernidad que debía encarnar los ideales de blanquitud y civilización promovidos por las élites del momento. En este contexto, los concursos de belleza surgieron como un mecanismo a través del cual se representaba la modernidad nacional. La figura de la mujer “blanca” y “civilizada” era, por tanto, un reflejo de los procesos de europeización y urbanización que caracterizaban a las élites de la época, vinculando la estética y la modernidad con la blanquitud.

Guayaquil, ciudad clave para la Revolución Juliana, fue un lugar crucial en el proceso de modernización urbana durante la década de 1930. A diferencia de Quito, que era más conservadora y de carácter rural, Guayaquil experimentó una profunda transformación en sus estructuras urbanas y sociales. Este fenómeno permitió la consolidación de una nueva clase media vinculada a los sectores comerciales e industriales, y que asumió un rol central en la construcción de la imagen de progreso de la nación. Los concursos de belleza, que comenzaron a celebrarse en la ciudad de Guayaquil a principios de la década de 1930, fueron la manifestación visible de este proceso de modernización urbana. La representación de la mujer en estos concursos se

convirtió en un vehículo para la construcción de un ideal estético moderno, en el cual la blanquitud y la europeización de la élite eran condiciones centrales para la afirmación de la identidad nacional moderna.

Para esta investigación, es fundamental comprender cómo la Revolución Juliana permitió el surgimiento de una nueva élite política, económica y cultural, cuya visión de modernidad estaba estrechamente asociada a la blanquitud. Esta nueva cultura de la modernidad fue directamente reflejada en los concursos de belleza, los cuales no solo fueron eventos sociales, sino también esfuerzos simbólicos de las élites para representar al Ecuador como una nación moderna, civilizada y alineada con los valores de la blancura. El análisis de estos concursos es esencial para comprender cómo la modernidad se construyó en el Ecuador de los años 30, a través de una narrativa que privilegia ciertos tipos de cuerpos, géneros y estatus sociales, y que, a su vez, refleja los procesos políticos y sociales iniciados por la Revolución Juliana.

Finalizando, la Revolución Juliana proporciona el contexto histórico y social necesario para entender los procesos de modernización que se dieron en Ecuador durante los años 30, los cuales tuvieron un impacto directo en la construcción de la identidad nacional y en la representación de la mujer moderna a través de los concursos de belleza. Es, por tanto, una referencia clave para esta investigación, ya que permite analizar cómo se construyeron los ideales de progreso, modernidad y blanquitud en el Ecuador de esa época.

El concurso Señorita Ecuador se efectuó en el año de 1930, tres meses antes de la celebración de los 100 años de la creación de la República del Ecuador. Este evento tuvo importancia a nivel nacional, pero la ciudad de Guayaquil fue el escenario donde se desarrolló con más fuerza y entusiasmo. Con este panorama es importante contextualizar la ciudad de Guayaquil y su vínculo con la modernidad. Hay tres preguntas que serán claves para descifrar esta relación ¿qué pasaba con la ciudad de Guayaquil? ¿Cuáles eran sus dinámicas? ¿Cómo vivió Guayaquil los procesos modernizadores? Es necesario comenzar aclarando que los procesos locales no son homogéneos sino se van construyendo a partir de diferentes dinámicas, formas de vivir y habitar una ciudad. Se lo hace por medio de “prácticas, representaciones socioculturales modernas, marcadas por el ideal civilizatorio y el signo del progreso”

(Hidalgo 2014, 9), como lo señala Ángel Emilio Hidalgo (2014) en su libro *Sociabilidad letrada y modernidad de Guayaquil (1895-1920)*.

Guayaquil en los años 30

Guayaquil, en los primeros años del siglo XX, vive cambios demográficos; hay dos tipos de migraciones: la que realizan pobladores del campo a la ciudad, y una más intensa, que es una migración regional: esto último implica a habitantes de la sierra, aunque también hay un flujo migratorio de las provincias de Manabí, Los Ríos y El Oro como consecuencia del *Boom* cacaotero. Según Milton Rojas (1988), la población guayaquileña alcanzó una tasa de crecimiento del 2,47% anual en un periodo de 20 años (1896-1909)

El notable crecimiento demográfico que experimentó Guayaquil, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, estuvo relacionado, en buena medida, con el concurso de trabajadores de origen andino –mestizo e indígena– que se incorporaron en la esfera de la producción, desempeñándose como operarios, artesanos, obreros y vendedores informales. También hay que relieves el considerable flujo migratorio de montubios procedentes de las provincias del litoral, especialmente de Manabí, Los Ríos y El Oro. (Hidalgo 2014, 15)

El *boom* cacaotero fue un periodo de mono exportación. En palabras de Manuel Chiriboga “el auge cacaotero, transformaría la región, tanto en lo que hace a la producción-circulación, a la estructura social, a las modalidades del aparato estatal regional y nacional como a las relaciones con otras regiones del país” (Chiriboga 1987, 34). Dicho *boom* decayó a fines de la década de 1910 y se agrava en los años 20; como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, con el relego de la exportación ecuatoriana de cacao por el mismo producto llegado de las nuevas colonias británicas en África, así como el efecto plagas que diezmaron a la pepa de oro, como la llamaron en ese entonces.

Para Ángel Emilio Hidalgo, la modernización capitalista en la ciudad de Guayaquil no benefició a la mayoría de su población, sino que estuvo ligada a dos sectores específicos y sus procesos: la naciente consolidación de la burguesía comercial y bancaria, y por otro lado, el ascenso y creación de una clase media de profesionales, en los cuales se encontraban oficinistas, profesores, médicos, periodistas. A estos dos grupos hay que sumar a los sectores políticos de izquierda que a su vez visibilizaron a

grupos subalternos como los indios y los montubios, disputándose con el partido liberal los sectores urbanos artesanos.

La *tesis número 4* de Bolívar Echeverría, respecto de la modernidad, enumera los rasgos característicos de la vida moderna, entre ellos aparece el *Urbanicismo*, que es la sustitución del caos por el orden y de la barbarie por la civilización por medio de la *Gran ciudad*; “se trata de una absolutización del citadinitismo propio del proceso civilizatorio, que lo niega y lo lleva al absurdo, al romper la dialéctica entre lo rural y lo urbano.” (Echeverría 1989, 124).

Guayaquil no solo quería ser una ciudad moderna, sino que buscaba parecerlo, a través de prácticas y representaciones socioculturales. Por eso se establecieron planes urbanos de reestructuración del centro de la ciudad, después del incendio de 1896. Fueron apoyados e impulsados por las élites, y por profesionales como arquitectos, ingenieros, planificadores en la creación de una *nueva ciudad*. La ciudad moderna y soñada, que no solo basaba sus cambios en lo estructural y arquitectónico, sino que buscaba algo más, la creación del ciudadano moderno, de un ciudadano guayaquileño prototipo, que llevase a Guayaquil a ser parte de las grandes ciudades latinoamericanas como Buenos Aires, México, Lima, que ya vivían la modernidad.

De esta forma, la modernidad sociocultural se impone más como una idea a ser alcanzada que como la cristalización de un proceso: entre las dinámicas sociales que condicionan las nuevas formas y expectativas de actuar en la ciudad, surge y se reproduce el deseo de ser modernos. (Hidalgo 2014, 39)

Para concluir, en este contexto corto, pero claro de la modernidad en Guayaquil, es necesario precisar que no se establecieron los mismos procesos y no se vivió la modernidad de la misma manera en todas las ciudades del país. La modernidad en Quito, una de las ciudades donde se realizó la preselección de candidatas para Señorita Ecuador y capital del país, tiene otras características. Eduardo Kingman que realiza un análisis de la modernidad y cultura popular a finales del siglo XIX y mediados de siglo XX en la ciudad de Quito señala que los habitantes y en sí la capital atravesaron durante estos años un cambio de ciudad patrimonial o señorial a la modernidad temprana, expresados en el ordenamiento de espacios y limpieza étnica,

Lo que se fue imponiendo con la modernidad fueron criterios civilizatorios que se expresaron en el ordenamiento de los espacios, su diferenciación y domesticación en

términos de planificación, pero también de limpieza étnica. La sociedad quiteña asistió a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX a un complejo proceso de transición de lo que se ha denominado una ciudad patrimonial, o señorial, a la modernidad temprana. (Kingman 2009, 65)

Para Ángel Emilio Hidalgo a pesar de las disparidades en los procesos locales y regionales, están enmarcadas en un mismo ideal civilizatorio y de progreso, este planteamiento es reforzado por Eduardo Kingman que indica de manera categórica que el hablar de modernidad y modernización no solo se refiere a procesos económicos y fortalecimiento de un capital comercial, sino también a la aparición y desarrollo de sectores subalternos urbanos que van tomando características propias.

Mujeres y modernidad

El hablar de mujeres y modernidad es una arista importante para comprender que los procesos sociales no son aislados de lo social y cultural; que no solo corresponden a hombres, sino que en el tiempo siempre han existido mujeres que marcan y modifican la Historia, y evidencian las otras historias, que la mirada hegemónica olvida contar. En palabras de Walter Benjamin (2001), hablaré de *la historia de los otros*; en este caso, de la historia de las otras. En las siguientes líneas se realizará una breve aproximación al papel de la mujer ecuatoriana a inicios del siglo XX en el campo político, de la educación, pero también en lo artístico.

Para iniciar retomo las preguntas de la narradora, poeta y catedrática ambateña Jannie Carrasco Molina (2009a): ¿cómo han sido consideradas las mujeres en la historia del Ecuador?; sus voces, ¿han sido escuchadas? ¿Han participado en la vida nacional? Es evidente que no, que la historia narrada del Ecuador fue sesgada. En esta investigación, propongo una mirada histórica a la vida de las mujeres a inicio del siglo XX. Es gratificante encontrar esos nombres ocultos de mujeres que reivindicaron derechos, que fueron profesoras, periodistas artistas y pioneras en el camino, cuyas voces no se confinaban al campo privado, sino que trascendieron al ámbito de lo público:

Se trata de ir más allá del simple rescate de nombres, de la simple consignación para los anales de la historia. Se trata de recuperar la memoria para dar un giro a los sucesos de siempre. Conocer nuestra historia es una de las pocas estrategias que nos permiten hoy

resignificar nuestra manera de habitar el mundo, interpretarlo y actuar sobre él. (Carrasco 2009a, 194)

El inicio del siglo XX está marcado por procesos de tensión social en el país. El Estado se ve en la obligación de insertar a las mujeres que ocupaba la esfera privada (maternidad y cuidado del hogar) a participar en la esfera pública. Esta posibilidad se abrió a través de la educación y de su contratación como fuerza laboral. En este contexto, las mujeres ecuatorianas por primera vez son contratadas en el sector público, específicamente en entidades como el telégrafo, correos y teléfonos; también como profesoras, secretarías sin dejar de lado su rol como esposas y madres.

A partir de la Revolución Liberal (1895-1912) y los gobiernos generados por la Revolución Juliana (1924-1946) tanto los niños como las madres, en tanto reproductoras del cuerpo útil de la nación, pasaron a ser parte de la preocupación económica, social y cultural del estado. Todo esto formaba parte de las propuestas de administración de las poblaciones las mismas que se orientaban tanto a la población indígena como a la no indígena. (Goetschel 2014, 294)

La mujer en el campo laboral producía una doble modificación social: la inserción de la mujer en el campo productivo modificó las relaciones de las mujeres con los bienes de consumo, ellas ya no solo ingresaban al trabajo remunerado como productoras, sino que ahora también se volvían consumidoras. Un ejemplo claro de esta doble modificación es en la industria textil, donde las mujeres además de ser consumidoras se insertaron como mano de obra. Otro ejemplo es la educación, donde funcionaron como beneficiarias de los procesos educativos, pero además formaron parte de la planta docente, siendo esta una de las principales actividades que realizaron en esta época.

En el campo político es necesario remitirse a los procesos socioeconómicos del país, que desembocaron en la Revolución Juliana. Los años 20, como ya se explicó anteriormente, se vieron marcados por el *boom cacaotero* y modificación de las relaciones sociales políticas y económicas. En estos sectores fuertes luchaban su hegemonía en el estado varios actores emergentes, en un contexto de debilidad política del partido liberal. La explotación en la que vivía la mayoría de la población permitió la consolidación y formación de las primeras organizaciones gremiales y sindicales que motivaron la participación e incorporación de las mujeres. Entre 1895 a 1920 se contabilizan un total de 20 huelgas.

El papel de las mujeres en la huelga general desarrollada el 15 de noviembre de 1922 es significativo en el campo de lo simbólico. La presencia de cuerpos femeninos organizados y dispuestos a través del Centro Feminista La Aurora y Rosa Luxemburgo visibiliza a nuevas actrices sociales. En el libro *re/construyendo historias de mujeres ecuatorianas* Ana María Goetschel señala que “dentro del anarcosindicalismo se formó en la misma ciudad el Centro Feminista Rosa Luxemburgo, cuyas integrantes, al parecer tuvieron participación en la huelga general del 13 de noviembre en la que se plegaron todos los sectores laborales y los sucesos previos y posteriores a la masacre del 22 de noviembre de 1922” (Goetschel 2007a).

Dentro del campo de lo político, nace el sufragio femenino en Ecuador. Matilde Hidalgo, médica, poeta y activista lojana, fue la primera mujer votante de Latinoamérica. En las constituciones liberales de 1896 y 1906 no se prohibía explícitamente el voto a las mujeres; sin embargo, Ana María Goetschel (2007a) afirma que en la práctica las mujeres no eran ciudadanas y por lo tanto no tenían la capacidad de elegir y ser elegidas. Se podría pensar que todas las mujeres se encontraban a favor del voto, y el apoyo a esta iniciativa sería general; pero no fue así. Existieron sectores que se opusieron, entre ellos se alzaban voces, incluso de mujeres, como Adelaina Velasco Galdós, representante católica que en el año de 1914 reitera de manera enfática que el lugar de la mujer es la caridad y buenos sentimientos, “no se diga jamás a una mujer, que su puesto está en los comicios populares.” (Velasco 1914, 58)

Existió un amplio debate sobre la figura de la mujer en el campo de lo privado y lo público, como lo explican Mereces Prieto y Ana María Goetschel (2008) en su artículo *El sufragio femenino en Ecuador*. Las autoras hacen referencia a Zoila Rendón como representante y vocera de las mujeres y su función dentro del ámbito privado y el hogar.

El tema del sufragio desencadenó un debate que duró hasta la década de los cuarenta. Sin embargo, algunas mujeres, las más tercas y vehementes seguían sintiéndose incómodas en un mundo que, políticamente y por oportunismo coyuntural, les había otorgado una ciudadanía más formal que real. (Carrasco 2009b, 202–3)

Para Mereces Prieto y Ana María Goetschel (2008), el sufragio femenino puso en debate la cuestión de lo masculino y la feminidad hegemónica, permitiendo pensar en nuevos roles para las mujeres. En ello coincide Carrasco, para quien “el voto de las

mujeres en nuestro país se produjo en un campo de fuerzas -en que cumplieron un rol activo las mujeres- antes que ser resultado únicamente de las posiciones partidistas de conservadores y liberales y posteriormente, socialistas.” (Carrasco 2009a, 199)

En cuanto a lo laboral y las demandas políticas, se consolida el movimiento obrero en las primeras décadas del siglo XX, y las mujeres son parte de este proceso. Una de las huelgas que tiene mayor repercusión en los años 20 es la del 15 de mayo del 1922, que se relata por Gallegos Lara en su libro *Las cruces sobre el agua*, donde ya se menciona la participación de mujeres y niños en el levantamiento obrero,

La multitud tenía alma, tenía alas. Acaso Alfonso volaba con ellas. Se liberaba de la rutina diaria. Vencía de veras la soledad. Cada una de las fisonomías innumerables de hombres, de mujeres, talladas en guayacán o en roble opalino, saltaba del nebuloso anonimato a la cercanía de la voluntad compartida. (Gallegos Lara 1946, 30)

Pocos años después, en los años 30, se produjo la huelga de los y las trabajadoras de la fábrica textil La Internacional, que duró 18 días y su principal objetivo era el respeto a la jornada de 8 horas y no las 9 a 11 horas diarias que trabajaban. Jenny Carrasco pone nombre a estas trabajadoras que fueron reprimidas y heridas, Carmelina Barclay, Carmela Hernández, Inés Moncayo, Aída Pazmiño. Ellas y ellos consiguieron el aumento de salario, pero, lo más importante, la igualdad de remuneraciones para hombres y mujeres, además de descanso dominical, establecimiento de la casa cuna y retorno de trabajadores despedidos.

Para entender la participación femenina en la política obrera de esos años, es interesante el relato de dos sucesos ocurridos en 1934. En la huelga de los 350 trabajadores de la fábrica textil La Internacional de Quito, de los cuales un gran porcentaje eran mujeres, hubo desalojo y represión. (Prieto y Goetschel 2008, 38)

Una figura femenina que resalta en esta época es la activista y escritora Nela Martínez. En el año 1935 se realiza la Primera Convención Nacional de Mujeres Ecuatorianas y tres años más tarde se crea La Alianza Femenina Ecuatoriana⁷. Esta

⁷ La Alianza Femenina Ecuatoriana fue la primera organización de las mujeres que lucharon bajo criterios políticos y propiciaron un desarrollo de sus capacidades en todos los niveles y con participación real en hechos históricos notables... AFE pudo demostrar, por medio de algunas de sus integrantes, reales capacidades de mujeres a quienes les fueron confiadas tareas especialmente difíciles: había valentía, decisión, fortaleza, posibilidades desconocidas. (Nela Martínez, 2006)

asociación mira a la maternidad desde una perspectiva política. Agrupaba a intelectuales, obreras, campesinas e indígenas;

En sus memorias, Nela recuerda que muchas mujeres se iban uniendo a sus tareas, sobre todo mujeres de los barrios, las cuales, específicamente en mayo de 1944, participaron con sus hijos de la mano o a la espalda, recorrieron calles y plazas, caminos a lo largo y ancho de la geografía. (Carrasco 2009b, 208)

Pero ¿quién es Nela Martínez? Mariana de Jesús Martínez Espinosa fue una activista social que creó organizaciones de mujeres indígenas, antifascistas, sindicales, estudiantes, campesinas; al mismo tiempo, conjugaba estos roles con su labor periodística. La figura de Martínez cobra mayor importancia al crear la primera organización de mujeres de la mano de María Gómez de la Torres y Dolores Cacuango,

Nela compartió con las guayaquileñas Isabel Herrería y Ana Moreno militantes, integrantes de esa especie de mujeres adelantadas que vencieron prejuicios y construyeron sus propios parámetros de vida. Su poesía su vida atravesaron el crecimiento de muchas mujeres que bailaban alrededor para nutrirse de su savia, de su sabiduría, de su amor. (Carrasco 2009b, 208)

La Revolución Liberal marca una época de cambio y transformaciones para las mujeres. El estado y el discurso estatal fijan su mirada sobre el rol de las mujeres en el país. La educación es de interés particular. Es importante resaltar que en este periodo la educación femenina laica se fortalece a través de la creación de instituciones y el acceso de las mujeres a estos espacios que se encontraban destinados únicamente para hombres. Un caso emblemático del acceso de la educación a las mujeres es el caso de Matilde Hidalgo de Prócel, que en 1921 se gradúa como Doctora en Medicina.

Como lo plantea Ana María Goetschel, la educación laica fortaleció y permitió el acceso a mujeres a instituciones educativas como el Colegio Mejía. Hay un acontecimiento que fortaleció la inmersión de las mujeres en nuevos espacios y fue la creación del Normal Manuela Cañizares en Quito y el instituto Nacional de Señoritas Rita Lecumberri en la ciudad de Guayaquil. La educación fue una de las pocas posibilidades que tenían las mujeres de obtener una profesión y establecer relaciones dentro del espacio público. Hay muchos nombres de mujeres que son pioneras en el campo educativo como lo son Rita Lecunberri, Aurora Estrada y Ayala de Ramírez,

Dolores Torres, Angélica Carrillo de Mata. También en el Magisterio existieron dirigentes como Flor Mandrana de Chancay, Teodosia Robalino de Tobar entre otras.

El laicismo y la educación activa abrieron la posibilidad de que las mujeres y concretamente las maestras, en tanto actrices, construyan disposiciones corporales y mentales modernas y tengan, a partir de ahí, una participación más amplia en la esfera pública. Esto, como se ha mencionado, no debe verse como un efecto mecánico de la acción estatal, sino como un proceso en el que fue significativo el accionar de las propias maestras que supieron aprovechar las circunstancias para introducir cambios favorables a su condición. (Goetschel 2007c, 293)

Es destacable la participación de las mujeres en la educación en las primeras décadas del siglo XX. Allí, la figura de María Angélica Carrillo sobresale al ser la fundadora del colegio 24 de Mayo. En el año de 1934 teniendo una posición firme del papel de las mujeres y de la educación en el campo cultural-social del país. En el mismo ámbito, se encuentra Dolores Cacuango, pionera de la educación indígena bilingüe al finalizar los años 40.

Ser profesoras era para las mujeres una de las pocas profesiones a las que podían acceder y era la actividad más importante en términos cuantitativos en la que se ubicaron las mujeres de sectores medios. Pero fue, también, un espacio de realización personal. Fueron las maestras quienes produjeron revistas y textos literarios en los que se defendía la necesidad del mejoramiento social e intelectual de las mujeres. Así, como maestras se destacaron pues tenían una visión diferente de las actividades pedagógicas. (Carrasco 2009b, 214)

Ana María Goetschel plantea que la creación del ferrocarril modifica las formas de relación con el mundo, al igual que el acceso al cine al teatro y la radio. En el campo artístico, es necesario destacar la figura de la cantante Carlota Jaramillo, denominada *La reina de la canción nacional*, que se convirtió en la primera actriz de la compañía de teatro Comedias y Variedad. Para el año de 1938 graba su primer disco que cautiva de manera especial a los ecuatorianos.

La actriz, Marina Moncayo dentro de estas nuevas lógicas de distribución del tiempo y acceso a nuevas formas de expresión toma protagonismo en el teatro. En la pintura destacan Araceli Gilbert y Alba Calderón, ganadoras de varios premios y representantes de la pintura formalista abstracta. En el campo de la literatura resaltan Piedad Larrea Borja, miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la lengua y presidenta del Club femenino de Cultura; Raquel Verdezoto, militante socialista, difusora de los estudios literarios y escritos; Zayda Letty Castillo de Saavedra,

fundadora de la Casa de la Cultura – Núcleo del Guayas; María Natalia Vaca, secretaria de la Biblioteca Nacional, entre muchos otros nombres, algunas de ellas perteneciente a los sectores pudientes de la sociedad ecuatoriana. Pero además de ellas, en esta década surgen otras mujeres, de clases sociales *jerárquicamente inferiores*, que logran organizarse para cuestionar las relaciones desiguales de poder y que marcan una época de cambio social y despertar político.

Representación de las mujeres en la prensa y revistas a inicios del siglo XX

Es necesario comenzar precisando que la imagen de la mujer es una construcción social, cultural y de género. Nace como respuesta a las condiciones sociales e históricas de cada etapa. Como lo plantea, Ana María Goetschel (1999) es el resultado de varios factores entre ellos: roles, funciones dentro del campo de lo social, discursos que se van modificando y estableciendo a partir de actores y vivencias cotidianas que enmarcan y consolidan la *identidad femenina*. Ahora, hay que preguntarse ¿Cómo se constituyen los cuerpos modernos? ¿Los cuerpos más allá de su forma física que están marcados por rasgos étnicos son espacios o se consideran espacios políticos?

Ana María Goetschel, Andrea Pequeño y otras autoras (2007) coinciden que el siglo XX está marcado por dos etapas que atraviesa la representación del cuerpo y la imagen de la mujer. La primera etapa comienza a inicios del siglo XX y relacionan a la mujer con un ideal femenino europeo, una *estética academicista* que posee elementos románticos, “establece elementos litográficos de corte europeo así como patrones de clase relacionados con la distinción” (Goetschel 2007b, 59). Los procesos de modernización en conjunto con el acceso al cine, teatro y actividades de ocio modifican la concepción del cuerpo como “encarnación de un proceso modernizador y lenguaje regularizador.” (Goetschel 2007b, 59)

La mujer ecuatoriana, en medios de comunicación como prensa y revistas modernistas, es colocada en nuevos espacios de representación. La proliferación de anuncios publicitarios muestra el *ideal femenino*: este se caracteriza por cuerpos esbeltos, bellos. Mujeres con rasgos físicos blancos y seductores, sin dejar de lado sus actividades como madre ni las tareas dentro del hogar. Para la investigadora Marilú Vaca, “el cuerpo de la mujer se convierte en un lugar de enunciación de los valores

modernos” (Vaca 2003, 91), como lo son la higiene y el arreglo personal, desde una visión normativa del mercado.

En las primeras décadas del siglo XX bajo el influjo de los proyectos civilizatorios de la modernidad y las condiciones materiales y sociales creadas por el liberalismo, empieza a discutirse en las revistas ilustradas lo que Ángel E. Hidalgo llama la “cuestión femenina” y, como eco los anuncios publicitarios de los diarios y revistas de varias ciudades del país se llenan de imágenes en donde se posicionan representaciones de nuevos cuerpos que comercializan belleza glamour, status, salud, higiene, entretenimiento y roles profesionales, es decir, los valores esenciales del ser moderno. (Vaca 2013, 79)

Veamos algunos ejemplos del periodo. El diario ecuatoriano *El Telégrafo*. Fue fundado el 16 de enero de 1884 por el periodista Juan Murillo Miró y mantenía una línea editorial que correspondía a al mencionado ideal femenino. Las publicidades y artículos periodísticos destinados a las mujeres de la época tenían dos corrientes: por un lado, la mujer asociada a la moda y por otro, la mujer dentro de la esfera privada (como madre y esposa). Las noticias acerca de la moda europea y su llegada al país invaden las planas del periódico, al igual que anuncios de productos que invitan al aseo personal, belleza, vivacidad; así mismo se publicitaban remedios para la reducción de peso, ya que “nuestro tiempo es del sport, la idea del cuerpo es la línea recta” (El Telégrafo 1929). Los anuncios destinados a la mujer como ama de casa venían acompañados de imágenes que generaban alusión a la maternidad y al cuidado del hogar, a través de productos alimenticios como la leche, harinas, remedios caseros, entre otros. Como ya se ha mencionado, en la modernidad, sobre todo desde el siglo XX los medios de comunicación han ejercido un papel preponderante sobre las prácticas, valores, vida cotidiana.



Figura 2. El Telégrafo: Para la mujer y el hogar
Fuente: El Telégrafo (23 de enero de 1930)

La representación del cuerpo femenino se conjuga con ideales de belleza como la elegancia, seducción. Marilú Vaca (2003) señala que entre 1917 y 1930 aumenta de manera considerable la publicación de revistas ilustradas, literarias y de entretenimiento. ¿Cuál es el papel que cumplen estos medios de comunicación nacientes? Son un medio que reproduce los imaginarios de la época. El cuerpo femenino ya no solo es sujeto sino objeto de consumo. Hay una nueva idea, la mujer moderna. La mujer moderna debía poseer algunas características entre ellas se encuentra la higiene, belleza y un sentido amplio de la moda y estética. Además, indica que a inicios del siglo XX existe un cambio evidente de la percepción y aparición de las mujeres en las revistas. Coexistían revistas de varios tipos, entre ellas literarias, ilustradas y de entretenimiento que poco a poco incluían a la mujer dentro de los relatos que querían imponer. Las revistas eran consideradas, un canal de reproducción del pensamiento y gusto de una época, es decir, eran espacios de construcción ética y estética de un modo de ser particular.

El inicio de siglo constituye para las mujeres en Ecuador un doble reto: por un lado, la liberación del cuerpo, pero por otro un condicionamiento de consumo. En las

revistas y periódicos de gran tiraje podemos encontrar dos grandes divisiones del papel de la mujer dentro de la sociedad, por un lado, la mujer-madre abnegada a la familia y al cuidado de la casa, por otro lado, la mujer moderna que le interesa o debía interesarle la moda e higiene personal.

La construcción de la imagen de la mujer está estrechamente relacionada con la de una mujer europea que se distingue de la mujer proletaria, “por un lado, la figura de una mujer delicada, fina, esbelta, indiferente, parisina, escapada de los lienzos de Fragonard o de los dibujos de Willete” (Goetschel 2004, 110) con esta referencia en los años 30 los estereotipos femeninos siguen ligados a la mujer blanca, delgada con actitud delicada y además de eso una característica especial en esta época: una mujer con acceso a la educación y por tanto a libros es indicador de que pertenece a una clase alta y acomodada, una representación romántica de las mismas.

Ana María Goetschel (2001) en *Estereotipos e Imágenes de las Mujeres Quiteñas en los años 30 del siglo XX* realiza un acercamiento a la construcción de dichos estereotipos femeninos tomando dos ejes: por un lado, las imágenes de mujeres en la prensa, específicamente en la revista *Caricatura* y, por otro, en los concursos de belleza.

La primera mitad del siglo XX se caracteriza por procesos modernizadores de las urbes, un cambio radical en su ordenamiento e infraestructura que posicionan a las capitales de las ciudades como un centro de integración y desarrollo; El nuevo tráfico exige transportes y comunicaciones modernos. (Zanetti 1994)

El inicio de siglo marca parámetros que modifican las relaciones de la mujer con la esfera privada y pública. Las condiciones sociales y materiales se modifican. Se abre un debate extenso con relación a la cuestión femenina como lo plantea Ángel E. Hidalgo. Las mujeres deben adquirir los valores del ser moderno. La educación y la profesionalización terminada la etapa liberal marcan nuevas maneras de concebir y relacionarse con el mundo. Como lo señala Marilú Vaca: “esta decisión involucraba todo un contingente de ideales económicos y políticos en los que, en definitiva, la presencia de la mujer permitía fortalecer el sentido ideológico y práctico de un proyecto que intentaba conformar una nación productiva.” (Vaca 2013, 76)

Para concluir, el papel de la mujer dentro de la esfera pública se hace más evidente. La mujer trabajadora no deja de tener las cualidades que exige la época, pero si están modificadas por el consumo y los nuevos estereotipos que propone la modernidad. Como lo menciona Vaca, el espacio público tiene una constante tensión con el privado y la construcción del ideal femenino no se establece desde las mujeres sino desde la visión masculina que se tiene sobre el cuerpo y el ser femenino. El papel de la publicidad es importante a inicios del siglo porque naturaliza los modelos e ideal de mujer.

Qué viva Sara Chacón

A continuación, nos centraremos en el análisis de la elección de la primera Señorita Ecuador, Sara Chacón. Este es el primer hito, que a mi consideración y siguiendo la línea de investigadoras como Andrea Pequeño (2004; 2013) y Ana María Goetschel (2007b; 2010) en Ecuador e Ingrid Johanna Bolívar (2007) en Colombia, marcan y proponen a los reinados de belleza como un objeto de estudio. La elección de Chacón nos permitirá analizar tres momentos:

1. El papel de las mujeres dentro de la esfera pública y privada a inicios del siglo XX.
2. La Señorita Ecuador como un espacio de representaciones de lo nacional e identidad a inicios del siglo XX. Siguiendo el postulado de Andrea Pequeño, el cuerpo de la mujer como un ícono simbólico de la identidad nacional.
3. El concurso de belleza como una representación, reflejo y consolidación de la movilidad social que se vivía en Ecuador por los eventos políticos, sociales y económicos que marcaron las dos primeras décadas del siglo XX.

Es importante mencionar que las fuentes que se ocuparon para esta investigación son primarias. Se realizó un detallado, organizado y minucioso trabajo de archivo de dos periódicos: *El Telégrafo* en los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1930; por otro lado, *El Comercio* en los meses de enero, febrero y marzo del mismo año. Además, se complementó este análisis con el libro: *Honores y Bohemias de mi reinado*, un diario escrito por Sara Chacón (1930) y la novela escrita por A. Pareja Diezcanseco, *La Señorita Ecuador (1930)*.

En noviembre de 1929 los directivos de *El Telégrafo* recibieron una carta de invitación para organizar, por primera vez, un concurso y elegir a la Señorita Ecuador que sería la representante de Ecuador en el concurso Miss América Internacional que tendría como sede la ciudad de Miami. La organización incluyó a varios sectores y aunque su sede se encontraba en Guayaquil, el apoyo de medios de comunicación como El Comercio, Revista Claridad y de instituciones gubernamentales, como municipios, permitió la participación de otras ciudades como Quito, Ambato, Manabí, Esmeralda, entre otras.

El evento que causó revuelo nacional. Tuvo como finalistas cuatro candidatas de la capital y cuatro candidatas de la ciudad de Guayaquil. Es importante mencionar que las candidatas que fueron seleccionadas en un proceso previo que llevaba registro mediante votaciones populares. Un detalle importante, las señoritas candidatas, debían ser propuestas por los habitantes, es de esta manera que las ciudades, barrios y familias se organizaron para apoyar a sus representantes. Este evento que fue anunciado en una columna pequeña del periódico tomo una importancia dentro de la esfera pública por varias razones, entre ellas: el imperativo patriótico que conllevaba y la consolidación y búsqueda de la mujer nacional que pueda representar a Ecuador frente al mundo y a los otros países que estaban inmersos en el concurso. Para Andrea Pequeño: “así desde el comienzo de estos concursos, el cuerpo y la presencia de la mujer se constituyen en un recurso metonímico de representatividad nacional, ella es parte por el todo. Su cuerpo, su comportamiento, su saber, son simbólicos de la patria.” (2013, 16)

El periódico El Telégrafo auspiciaba concursos de toda índole. En el año 1929 organizó el primer concurso deportivo infantil, un concurso de las bandas del ejército en las fiestas octubrinas, el concurso anual de puericultura. Pero ninguno tuvo tanta importancia como el de 1930, en el contexto internacional del Concurso Latinoamericano de Belleza, auspiciado por la ciudad de Miami y The Miami National Bathing Beauty Pageant; Allí se buscaba elegir a la reina del carnaval entre participantes de diferentes nacionalidades.

En noviembre de 1929 recibía El Telégrafo una carta de propuesta de The Miami National Bathing Beauty Pageant. Pocos días faltaban para los comienzos del torneo. Se publicaron las bases. La noticia se regó en Ecuador como un incendio de arte que prendió en los corazones de todos. Cada provincia elegiría sus representantes. Guayas y Pichincha tendrían cuatro cada una. Después el jurado de belleza debía escoger a la Señorita Ecuador. (Pareja Diezcanseco 1930, 45)

El discurso generado por el medio de comunicación tenía como principal característica un tinte patriótico: “El Telégrafo al patrocinar este concurso ha obedecido a un mandato de su patriotismo; y por lo tanto solo lo anima el deseo de que triunfe la más bella” (*El Telégrafo* 1930b, 5) sin dejar de lado el valor de la *raza y civilización* que debía demostrar la ganadora del concurso a todo el mundo pero en especial a Estados Unidos, “contribuyamos a que vaya quién haga triunfar nuestro prestigio de raza y civilización y no quien vaya a colocarse en un puesto inferior y vergonzante.”(*El Telégrafo* 1930b)

¿Cómo se puede hablar o conectar el sentimiento patriótico con un concurso de belleza? Coincidencia mente este evento confluye dentro de la celebración de los 100 años que cumplía Ecuador como República y las reflexiones que aún se mantenían con respecto a la identidad única. Esta identidad, debatida estaba fraccionada por los sectores sociales, tanto aristócratas como el nacimiento y ascensión de clases medias y las condiciones de discriminación a subalternos. Las categorías de *raza y civilización* a inicios del siglo XX se encontraban en auge. No solo por las condiciones sociales, económicas y políticas sino para diferenciar al “otro”: indígena, cholo, montubio. ¿Qué es el patriotismo? ¿Qué implicaciones tiene? Es interesante analizar la conexión que se establece entre mujer- concurso de belleza y patria, una conexión que en otro momento histórico y que en otros espacios parecería que no hubiera relación alguna.

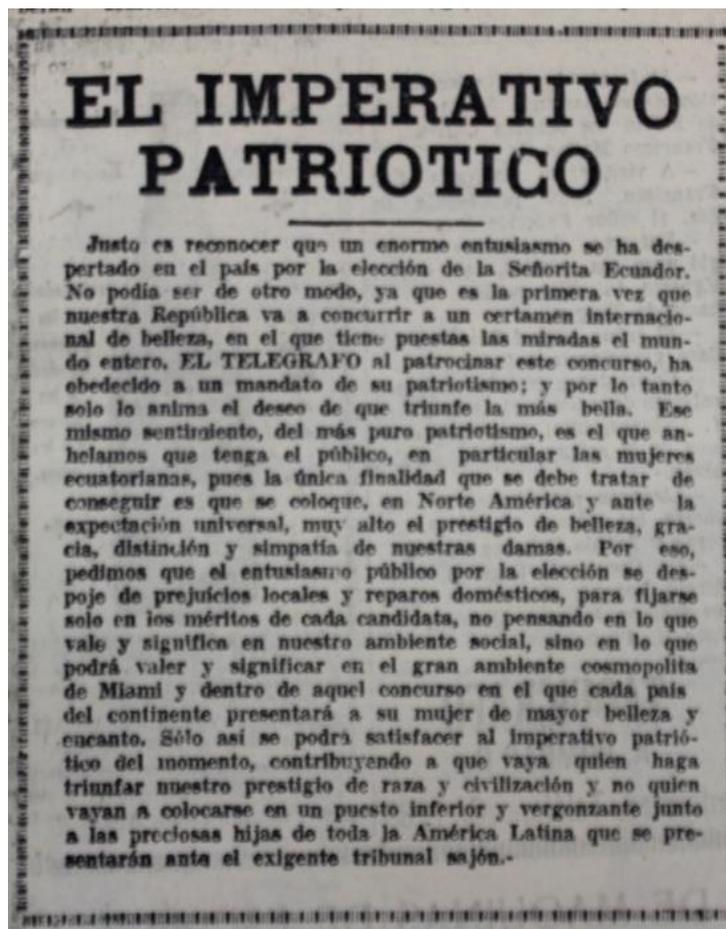


Figura 3. El Telégrafo: El imperativo Patriótico
 Fuente: Periódico El Telégrafo (03 de febrero de 1930)

Sin duda, el concurso Señorita Ecuador organizado por el diario El Telégrafo fue uno de los eventos más importantes de la época. Las noticias, votaciones populares, candidatas asignadas por ciudades e incluso barrios movilizó y despertó el interés de la población. Pero ¿qué característica debía tener la primera señorita Ecuador? ¿Cuáles eran los rasgos físicos y morales que le harían acreedora a la corona y a representar al país en un concurso internacional? Eran tres características que buscaban: gracia, cultura y beldad. El primer anuncio que hace referencia a este concurso es el 8 de enero de 1930 en el periódico El Telégrafo⁸. Este concurso, que fue organizado desde el ámbito privado tuvo el total respaldo del gobierno ecuatoriano a través del canciller de la época,

⁸ El diario fue fundado en el año 1888 por el publicista y periodista guayaquileño Juan Murillo Miró. Su primer ejemplar se editó el 16 de febrero de 1884. Es miembro de la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP), de la Sociedad Interamericana de Prensa, Asociación Mundial de Periódicos (WAN).

Entonces, este concurso de belleza es importante porque se desarrolla no solamente a nivel local, sino se elegirá a una señorita que represente a Ecuador en un concurso internacional. Coloca a la mujer ecuatoriana ante la mirada crítica del tribunal sajón y por lo tanto la ganadora deberá encarnar los valores físicos y morales, “pues la única finalidad que se debe tratar de conseguir es que se coloque, en Norte América y ante la expectación universal, muy alto el prestigio de belleza, gracia, distinción y simpatía de nuestras damas.” (*El Telégrafo* 1930b, 5)

La Señorita Ecuador era una nueva ventana abierta que poseía el país para darse a conocer ante el mundo. El concurso tenía como finalidad última la elección de una mujer que encarnase los valores-atributos físicos de las mujeres ecuatorianas y que supiera exponerlos en un concurso internacional, para María Moreno: “La primera vez que Ecuador envió una representante a un concurso de belleza internacional fue en 1930. El evento despertó el interés del público pues lo que estaba en juego era la representación del país.” (Moreno 2009, 82)

La ciudad de Miami era la anfitriona y los imaginarios que existían se asentaban en la idea de una ciudad desarrollada, moderna y cosmopolita. ¿Cómo era representada esta ciudad de los Estados Unidos? Un artículo escrito por el periódico *El Telégrafo*⁹ deja entrever discursos vigentes de lo civilizado vs lo bárbaro; el hombre blanco vs los indígenas.

Miami era un ejemplo de la ciudad moderna: edificios, hoteles, reunión de familias adineradas, crecimientos de centros comerciales. En palabras de Beatriz Sarlo, “la ciudad misma es objeto de del debate ideológico- estético: se celebra y se denuncia la modernización, se busca en el pasado un espacio perdido o se encuentra en la dimensión internacional una escena más espectacular. (Sarlo 2003, 10)

El concurso realizado el 09 de febrero de 1930 tuvo la finalidad y bien último encontrar a la dama que encarne los valores de la mujer ecuatoriana y que, por medio de su gracia, simpatía y belleza hiciera quedar en alto el nombre del país en Miami. Por este motivo, el periódico *El Telégrafo* auspicia y organiza un evento nacional. Las candidatas debían ser designadas por los habitantes;

⁹ Es importante mencionar que los artículos publicados y noticias en el diario *El Telégrafo* en su mayoría no tenían autoría, por este motivo se interpretarán en este trabajo de investigación como una línea editorial. En los artículos de opinión también participan algunos intelectuales y escritores de la época, en esos se especificará el nombre del autor.

Por eso pedimos que el entusiasmo público por la elección se despoje de prejuicios locales y reparos domésticos, para fijarse solo en los méritos de las candidatas, no pensando en lo que vale y significa en nuestro ambiente social, sino en lo que podrá valer y significar en el gran ambiente cosmopolita. (*El Telégrafo* 1930b)



Figura 5. Cupón para la elección de la Señorita Ecuador
Fuente: *El Telégrafo* (10 de enero de 1930)

Urnas colocadas en los correos, juzgados parroquiales y cines se dispusieron para que las y los ciudadanos ecuatorianos votasen por su candidata preferida a través de cupones que circulaba en el periódico *el Telégrafo*, de lunes a domingo, y tenían un valor de 5 votos. Las elecciones y preclasificaciones se realizaron durante cada semana, con representantes de las candidatas, y en muchas ocasiones, con ellas ante la mirada del público. Al finalizar la precalificación, la final estaba compuesta por cuatro participantes de la ciudad de Quito y cuatro representantes de Guayaquil como lo relata Andrea Pequeño: “para ello se organizó un evento nacional cuyo final estaría compuesta por ocho candidatas, cuatro de Guayaquil y cuatro de Quito. Estas debían ser propuestas de acuerdo a su belleza y gracia.” (Pequeño 2013, 115)

La organización definió 8 bases para el concurso y elección de la Señorita Ecuador. La primera tenía que ver con las características físicas, morales y fotogénicas que debían poseer las concursantes cuyas edades oscilaba entre los 16 y 25 años. Por otro lado, este concurso quería integrar a toda la población, provincias y regiones del país. Guayaquil debía elegir, mediante votación popular, a 4 candidatas; mientras que las demás provincias debían realizar elecciones regionales para designar a la señorita que los representase. La premiación y elección era llevada a cabo en un teatro y los jurados eran intelectuales y personalidades del círculo cultural y social. La mujer elegida para representar a la belleza ecuatoriana iría a Miami acompañada de una persona a su

elección y los gastos serían responsabilidad de los organizadores. Los escrutinios de votos se realizarían en las instalaciones del periódico El Telégrafo al finalizar la jornada laboral (17:00) al igual que la colocación de ánforas.

La Miami National corría con los gastos de viaje de ida y estada en las ciudades norteamericanas. Las elegirías irían a Hollywood, donde filmarían algunas películas, para producirles un poco de dinero a los grandes empresarios. El Telégrafo, pagaría el viaje de regreso y cualquier otro viaje improvisado. (Pareja Diezcanseco 1930, 48)

En varios artículos de opinión se destacaba la importancia del concurso y el valor patriótico que representaba la búsqueda de una mujer, la mujer nacional. Se ofrecía así una visión y representación del país en el exterior a través de una figura femenina y los valores que ella encarnaba. El primer escrutinio se realizó el 12 de enero de 1930. Los primeros nombres empezaron a relucir y el interés de la población se evidenciaba en los votos depositados en las ánforas. Una lista de 10 candidatas encabezadas por la Señorita Adalgiza Descalzi G.¹⁰ con 687 votos se publicaba en el periódico y despertaba la fascinación no solo de las señoritas que estaban participando sino también de los ciudadanos de Guayaquil que empezaron a tener su favorita.

¹⁰Hija de padre italiano y madre peruana, es conocida por ser la pionera en el negocio de los bienes raíces en el país en 1959 cuando aún no se explotaba esa actividad. Casada con Francesco Tabacchi (quien fue cónsul de Italia en Guayaquil) Adalgiza Descalzi compitió en el primer Miss Ecuador, en 1930; quedó segunda detrás de Sara Chacón, cuando era una de las favoritas para llevarse el cetro. (Pionera de los bienes raices, 2010)

EL CONCURSO DE BELLEZA
 Como soy horribler nte feo, des-
 precio olímpicamente a las muje-
 res guapas. Dios me libre
 de una mujer hermosa, sería lo
 mismo que casarse con un espec-
 táculo público. — Pero así y todo
 nos interesa este torneo, por lo que
 tiene de arte, bien paladinamen-
 te confesamos que se están come-
 tiendo los errores de rúbrica en
 esta clase de torneos. Irá a Mia-
 mi la Srta. que esté más de acuer-
 do con los cánones de la belleza co-
 rriente, aunque no sea un tipo re-
 presentativo de nuestra belleza ra-
 cial. — Todos sabemos cuales son
 los lugares donde las mujeres tien-
 en el pelo rubio, Inglaterra, Esta-
 dos Unidos, etc., pero esta belleza
 a lo Walkiria o a lo Ofelia, está
 muy bien pero para ellos. — Pa-
 ra nosotros, la belleza debe con-
 sistir en una cara regularmente
 ovaladita, ojos negros como la pa-
 sión de un asesino, cabello trigue-
 ño y un cuerpo armonioso y elás-
 tico nido de la divina gracia. —
 Lo demás será "mucho bueno" pe-
 ro yo me quedo con lo mío.
FEAFA.

Figura 6. El Telégrafo: El concurso de Belleza
 Fuente: El Telégrafo (15 de enero de 1930)

La mujer nacional: Sara Chacón Zúñiga, encarnación exquisita de la raza y anhelo continental.

Como lo señalamos anteriormente, los procesos de construcción de identidad nacional pueden ser estudiados a través de los discursos que se ponen en evidencia en los concursos de belleza. En esta sección, hablaremos de los debates que se originaron por medio del cuerpo femenino de las candidatas y la búsqueda constante de la mujer nacional. ¿Rubia o morena?

Al igual que el entusiasmo generado en la población la prensa empezó a recibir artículos de opinión respecto a los rasgos femeninos que debía poseer la ganadora del concurso. El primero que se encuentra es el escrito por el español, Francisco Ferrándiz

Alborz¹¹, *Feafá*, uno de los más importantes críticos literatos de la época. Ferrándiz Alborz cuestionaba el concurso y las bases establecidas; planteaba que la ganadora sería la mujer que siga los cánones de belleza y no en realidad la belleza representativa del país que estaba muy lejana a la idea de una mujer rubia característica de los países de Inglaterra, Estados Unidos. ¿Qué características físicas tenían las mujeres ecuatorianas para el literato? “Para nosotros, la belleza, debe consistir en una cara regularmente ovaladita, ojos negros como la pasión de un asesino, cabello trigueño y un cuerpo armonioso y elástico nido de la divina gracia. Lo demás será mucho bueno, pero yo me quedo con lo mío” (Ferrándiz 1930, 2). Este enfrentamiento simbólico se hace más fuerte con los días y con las posiciones de los diferentes actores involucrados en el concurso como poetas, intelectuales, escritores como se explicará posteriormente.

Las urnas colocadas afuera de las instalaciones de El Telégrafo junto a los cupones de votación se convirtieron en una estrategia para medir la aprobación y frenesí que experimentaban los guayaquileños. El conteo de votos se realizaba a las 17:00 todos los días, con presencia de los representantes de las candidatas; los resultados se publicaban al día siguiente en el periódico, lo que permitía tener una idea clara de quienes eran las preferidas por el público y como variaban las preferencias. En el cuarto escrutinio, que se efectuó el 15 de enero de 1930, los debates y opiniones acerca de la mujer nacional se intensificaron y comenzó una pugna simbólica por la elección de la Señorita Ecuador, la pregunta era: ¿Qué elegir, una mujer rubia, u otra con rasgos nacionales? Rodrigo Chávez Gonzales, crítico, escritor, dramaturgo y suscitador cultural, también llamado Rodrigo de Triana, se involucra en este debate. Chávez (1930) menciona que la mujer nacional es del trópico, donde el sol quema, una morena y aunque las personas tengan entusiasmo por las rubias debe prevalecer la imagen de una mujer del trópico.

El jurado de Miami no va a medir métricamente a las concursantes, ya que no se trata de buscar una Venus. Buscará la armonía en el tipo. Es muy admitible una rubia

¹¹ Según la Real Academia de Historia, Francisco Ferrándiz Alborz a raíz de su llegada, inició una columna semanal en el diario El Telégrafo, decano de la prensa ecuatoriana, bajo el seudónimo anagramático de Feafa. Pronto se convirtió en el más importante crítico literario del país por su amplia cultura, facilidad de expresión y hermoso estilo. En 1930 fue el primero en saludar el violento cambio de una literatura ecuatoriana simplona y naturalista, que ya no significaba nada, hacia el nuevo realismo social más de acuerdo con la situación de denuncia que vivía Latinoamérica. En 1931 editó la revista Clamor. En 1932 colaboró en los periódicos socialistas Ardepló y Expectación, que editaba en Guayaquil el doctor Rigoberto Ortiz Bermeo.

extremadamente flaca y larguirucha, que puede parecer bonita; pero una belleza morena, con todas las perfecciones dables en el rostro, en esas dimensiones y pocas carnes, resulta una palmera sin palmito. Una palmera atacada de peste. Sin embargo lo dicho queda descartado ante el entusiasmo popular de las rubias; pero a fuer de organizador de tantos concursos me atrevo a opinar. Al viejo músico le queda siempre el compás. (*El Telégrafo* 1930b)



Figura 7. Fotografía Blanche Yoder
Fuente: El Telégrafo (16 de enero de 1930)

De esta manera es como el 16 de enero de 1930 El Telégrafo anunciaba el duelo entre los partidarios de las rubias y las morenas. Además, una nueva concursante se convertía en la favorita, la señorita Blanche La Rose Yoder que aparecía en una gran fotografía. “Blanca como un lirio, sensitiva y armoniosa. Blanche Yoder, muy bonita (...) Blanche, exquisitamente moderna. Armonía precisa de líneas, cabellos rubios. Una sonrisa muy sutil e ingeniosa la tornaba en un tipo romántico muy de los siglos XVIII y muy siglo XX” (Pareja Diezcanseco 1930, 49). El concurso no solo estaba enfocado en la elección de las candidatas de Guayaquil, en la ciudad de Quito El Comercio también estableció parámetros para la votación; al igual ocurrió en Ambato, a través del

Dr. Carlos Espinosa y el Concejo Municipal. Por otro lado, Loja ya se encontraba en la elección de su representante al igual que la ciudad de Riobamba.

Y si diario El Telégrafo promocionaba la Señorita Ecuador, paralelamente se organizaba otro concurso en el Teatro Bolívar: elección de la Señorita Astillero en alusión a uno de los barrios más populares y representativos de la ciudad de Guayaquil. El Telégrafo expresó su entusiasmo por esta iniciativa de otros sectores de la población y de instituciones que veían a los concursos como una puerta para encontrar y fortalecer la imagen de la mujer nacional. Para la elección de la Señorita Astillero se establecieron las siguientes bases:

1. Desde el 16 al 31 de enero se colocarán ánforas afuera del Teatro Bolívar donde se colocarán los nombres de las señoritas que representen a través de su simpatía al barrio El Astillero.
2. Se realizará un escrutinio previo y posteriormente se mandarán los votos al Telégrafo a fin de que sean considerados para el escrutinio del diario El Telégrafo.
3. El 31 de enero se realizará el conteo de votos totales para la elección de la señorita que represente al Barrio El Astillero.
4. El Teatro Bolívar exhibirá fotografías de las candidatas para incentivar a la votación.

Para motivar y patrocinar a la candidata del Barrio El Astillero entre el 1 y 4 de febrero se concederá un descuento a las personas que voten por la señorita elegida y designada para representar al barrio.

Mientras el Teatro Bolívar se preparaba para auspiciar a su candidata, rondaban discursos de lo nacional y como debía ser representado Ecuador ante el mundo. Una de las preocupaciones y debates que se manifestaban era la elección de la vestimenta de la ganadora, ¿Qué debía vestir Miss Ecuador? La bandera nacional era uno de los principales recursos que creía que debía adoptar, también producción nacional en su ropaje que sea tropical y significativo descartando la idea de exhibicionismo. “De esta manera las bellezas latinoamericanas se presentarán con todo el recato que es permitirle en esta clase de competencias femeninas.” (*El Telégrafo* 1930b, 5) Así, paralelamente las casas de moda competían para vestir a la ganadora. Lo importante no era recalcar los colores patrios, sino destacar, por medio de la vestimenta los atributos físicos de quien

ostente la corona como lo señalaba Rodrigo Chávez Gonzales, Rodrigo De Triana, que siguió de cerca el concurso y detalles del mismo.

Este es otro problema que surge a la vista: el vestuario de Miss Ecuador.

Si se trata de que la Señorita Ecuador, represente efectivamente a nuestro suelo equinoccial (la parte más prominente del globo), su vestuario tiene que ser igualmente tropical y significativo.

No faltará alguien que sugiera la descabellada idea de que MISS ECUADOR lleve dos medios mates por sostenes y un faldellín de bananos (a lo Josephine Beacker), con motivo de los últimos contratos de Mr. Chester, y hasta habrá fanáticos de nuestra tierra que pidan a la vencedora en el certamen que por cetro lleve una chonta. (*El Telégrafo* 1930c)

El 17 de enero se encuentra el primer escrutinio elaborado por el Teatro Bolívar para la elección de la representante del Barrio El Astillero. En esta fecha el nombre de Sara Chacón sale a relumbrar en la esfera pública acompañada de Magdalena Drouet Baquerizo, Emma Villacís Páez, Blanca Leonor Cevallos y Toya Castro Bustamante.

Nuevos discursos emergen. ¿Qué es la belleza? Teresa Alavedra y Tama, periodista, poeta, escritora, pintora y socióloga escribe un artículo de opinión en el diario *El Telégrafo* acerca de este tema motivando a buscar en las señoritas candidatas las siguientes características:

Tener medidas armónicas, estatura de un metro setenta y cinco. Carnes firmes y piernas suaves y curvas; Cuello y pecho blanco y firme; Cabellos negros, castaños, menos rojos, no se considerarán en este tipo de belleza; Piel fina y suave, nada de manchas y muchas más descripciones acerca del cuerpo y sus medidas. (Alavedra 1930, 6)

Pero en Ecuador de 1930 ¿Quién cumplía con esas características? ¿Cuál era el papel y el lugar de las mujeres “no blancas”? ¿Dónde se encontraban las mujeres montubias, negras e indígenas? Es de esta manera y por medios de estos patrones como se va articulando el primer concurso de belleza en el país, pero al mismo tiempo se va definiendo que no es la mujer nacional o quienes no son las mujeres nacionales. Cholas, negras, montubias, indígenas no tenían ni la mínima idea de ser representadas. La mujer nacional descartaba a todas las demás mujeres y predominaba la mujer blanca como representante de todos y todas las ecuatorianas.

¿Miss Ecuador debe ser morena o rubia? Este debate, que no era nuevo, marcó una gran sección y opiniones de los periódicos. Rodrigo de Triana encabezaba y representaba a los escritores, poetas e intelectuales que creían que la ganadora debía ser

una mujer morena; en contraste a Adolfo Simmonds, consideraba que la mujer nacional era rubia. Este tema que parece superficial y sin importancia marcaba un enfrentamiento fuerte en el campo de la representación.

Otros articulistas y personajes de la época se sumaban a la idea de Simmonds de que, la Señorita Ecuador debía ser una mujer de raza blanca que afinque la relación de Ecuador con Europa. En una columna de opinión del 26 de enero de 1930 escrita por Carol¹² indica de manera directa que se debe borrar cualquier relación física de la candidata con el origen indígena del país. Señala que no es importante las características físicas si tiene el cabello rubio o moreno (refiriéndose a los debates que estaban vigentes) ya que eso era considerado un accesorio. El único rasgo importante que debía poseer la ganadora del concurso era parecer y ser una mujer de raza blanca.

Además, en esta columna enfatiza que elegir una mujer que no cumpla con esta característica sería colocar al país en ridículo. La única opción es una mujer con origen caucásico. María Moreno, de la Universidad de Kentucky, señala:

Por lo tanto, la belleza comprende marcadores étnicos, de clase y geográficos de inclusión y exclusión en el ideal de la nación. Las poblaciones afro ecuatorianas e indígenas son arrojadas a la periferia de la nación, tanto en términos de la construcción social que las liga al espacio subordinado con respecto a los centros urbanos blanco mestizos, como en relación a la construcción social de belleza y del deseo. (Moreno 2009, 89)

Los debates y prácticas se resumían, y lo siguen haciendo, en un binarismo. Rubia vs morena; mujer blanca vs mujer india; civilización vs barbarie; fealdad vs belleza. De esta manera se puede entender a los certámenes de belleza como un micro sistema que configura y re organiza el proyecto de mujer nacional, tomando como partida el problema de la colonización y la búsqueda del blanqueamiento. Como ya se dijo, la figura de la mujer en la modernidad trajo consigo nuevas significaciones. El cuerpo se convertiría en una mercancía que podía y debía ser explotada, vendida, intercambiada; pero, además, debía regirse a un estereotipo europeo (blanco y delgado).

El concurso de 1930 coloca la clase e identidad en espacios de disputa y debate ¿por qué queremos representar algo que no somos? Si la identidad es un espacio en tensión en la construcción del estado – nación cabe preguntarse ¿dónde queda la imagen

¹² La persona que escribe este artículo no firma con su nombre completo, sino que con el pseudónimo de Carol, por esta razón en el texto no se especifica el apellido.

de la mujer indígena, negra y mestiza del país? Estos concursos se edifican dentro de un espacio de discusión donde la invisibilización a la diversidad étnica está presente.

Varias ciudades por medio de los municipios y barrios se organizaron para apoyar a sus favoritas. El barrio El Astillero realizaba un concurso de manera paralela para asignar a su candidata. De esta manera la fotografía de Sara Chacón es publicada por primera vez en el periódico el 26 de enero de 1930 y las votaciones comienzan a crecer de manera acelerada; “El Telégrafo publicó su retrato. La gente enloquecía. Bastara que fuesen mujeres hermosas para cautivar su corazón. Pero, más que todas Sara. Era de su tierra de su misma raza” (Pareja Diezcanseco 1930, 56) Adalgisa Descalzi (30 mil votos), seguía manteniendo el primer lugar seguida de Blanche La Rose Yoder. En el escrutinio número diecisiete (28 de enero) el nombre de Sara Chacón, como la llamaban sus seguidores aparece en las listas generales en el puesto número siete, con más de dieciséis mil votos que asombra a los redactores de El Telégrafo.

El discurso de la mujer rubia vs la morena se materializa así en las dos candidatas: Descalzi, representante de la raza blanca y Chacón, representante de su tierra y de su raza.

El certamen abierto por el Teatro Bolívar para la selección de la muchacha de El Astillero que ha de ser presentada a la elección de la Señorita Ecuador, viene despertando día a día mayor entusiasmo, hasta el punto que las funciones del teatro bolívar resultan rodo un acontecimiento por el número de muchachas bonitas que concurren una y otra noche, y por la cantidad de admiradores que esta constelación de bellezas arrastra tras de sí, aunque sin quererlo, una vez que muy conocido es el ardor con que en vuestro clima se venera la belleza de nuestras mujeres. En medio de estruendosos aplausos, noche tras noche, desfilan en la pantalla las imágenes de las rubias y morenas que ha candidatizando aquel barrio industrial y populoso, que es uno de los más unidos y entusiastas de la ciudad. Nótese como desde hace algunos días la señorita Adalgiza Descalzi sostiene el primer puesto en los escrutinios de El Bolívar y este diario. Así mismo cabe también observar la rapidez con que asciende en colocación la señorita Sara Chacón, quien ocupa el segundo lugar en los escrutinios del Bolívar y el quinto en nuestros escrutinios. Por lo que dejamos anotados, juzgamos que se va a entablar una noble y reñida lucha entre los partidarios de una y otra señorita que respectivamente expresan en el sentir de sus admiradores las cubres de los tipos rubio y moreno. (*El Telégrafo* 1930a, 12)

Por otro lado, los artículos de opinión exhortaban al gobierno ecuatoriano a la colaboración económica y logística para el desarrollo del certamen:

Es menester que nuestro gobierno se preocupe de aunar su contingente al general entusiasmo y a la iniciativa y al esfuerzo particulares para procurar, por todos los medios

que la señorita que resulte elegida pueda sin ostentación per de forma correcta lucir decorosamente el nombre de la Patria. (*El Comercio* 1930)

La comparación entre el apoyo de los gobiernos de Ecuador y Perú al concurso fue una técnica de persuasión, y a la vez, un llamado de atención a los funcionarios encargados para que su participación se intensificara al ser un evento que causaba un singular interés en los ecuatorianos, no solo a los ciudadanos de Guayaquil.

Los argumentos sostenidos por los partidarios del concurso para solicitar el apoyo económico del gobierno se basaban en el imperativo patriótico que significaba la elección de la Señorita Ecuador. No era un concurso de belleza como tal sino la representación del país, su cultura y la civilización que poseía la nación. Se comparaba la importancia de la Señorita Ecuador con la función y papel de representantes y diplomáticos. El patriotismo fue un término que se utilizó de manera concurrenida para motivar la participación del gobierno, pero al mismo tiempo hacer un llamado de atención a los detractores del primer concurso de belleza en Ecuador.

El 31 de enero Teatro Bolívar organizó la elección de la señorita que representó al barrio El Astillero, acompañado de una función especial; y se motivó la participación de la ciudadanía a través de descuentos y precios populares. Ese mismo día las votaciones de las concursantes estuvieron parejas. Descalzi, con 26.440 superaba a Chacón con 25.000 votos. En El Astillero trabajaron arduamente para que su candidata Sara Chacón tuviese el apoyo y votación necesaria para alcanzar los primeros puestos en la lista general. El apoyo y entusiasmo de las haciendas contiguas a la que vivió y que por problemas económicos abandonó junto a su padre era evidente. “El pueblo temía que las influencias y el dinero pudieran más que la belleza, y que sus deseos de raza oprimida” (Pareja Diezcanseco 1930, 60). El evento desarrollado por el Teatro Bolívar fue un lleno desbordante y consagró a Sara Chacón como representante del barrio, tal cual lo menciona una noticia del periódico del día siguiente a su elección.

También se nos ha noticiado de que el día martes se dará una función de gala en honor de la señorita Sara Chacón, candidata del Barrio del Astillero, con el propósito de hacer su proclamación oficial. Sabemos que esta función ha despertado enorme interés y que será un bello exponente de cultura y galantería. (*El Telégrafo* 1930a).

En otras ciudades la elección de la Señorita Ecuador se vivió con entusiasmo. Era evidente el afán de los guayaquileños que desbordó las fronteras regionales. En la

ciudad de Quito, por medio de la revista Claridad, se organizó la elección para designar a las representantes, después del escrutinio final las candidateas finalistas fueron: Ana Lucía Mancheno, Victoria Freile Angulo, Blanca Escudero Moscoso, Germana Borja del Alcázar, Geovana Dávalos y Alina Diez Delgado. El apoyo del ministro Gonzalo Zaldumbide fue primordial para llevar a cabo las elecciones en la capital. Por otro lado, la señorita María Luisa Rivera auspiciada por el Municipio de Cañar, fue la representante de la ciudad. El país vivió durante los meses de enero y febrero muchas emociones. La idea de mujer nacional y patriotismo inflaban los pechos de los seguidores del primer concurso de Miss Ecuador.

El día de la elección de la Señorita Ecuador, el Teatro Olmedo, estuvo marcado por discursos, poemas, música y la ausencia de las cuatro candidatas de Pichincha que enviaron únicamente su fotografía. El jurado calificador estaba conformado por: Dr. Pedro Miller (gobernador de la provincia), Dr. Miguel Ángel Carbo (presidente del muy ilustre Concejo Cantonal de Guayaquil), Dr. Francisco De Elizalde (presidente del Club de la Unión), Sr. Manuel Eduardo Castillo, (Director del Diario El Telégrafo), Dr. Abel A. Gilbert (cirujano y ex profesor de anatomía de la Universidad del Guayas), Profesor Enrico Pacciani (escultor italiano), Sr. Enrique Grau (fotógrafo español), Sr. Antonio Bellolio (pintor nacional), Sr. Enrique Martínez Serrano (pintor nacional) y como secretario sin voto el Sr. Adolfo H. Simmonds (periodista).

La final se disputó entre dos candidatas que pertenecían a la ciudad de Guayaquil. La señorita Sara Chacón, representante de la clase media y la señorita Blanche Yoder, representante de la aristocracia guayaquileña. El Dr. Francisco Uribe, intelectual y periodista abogó por el triunfo de Sara Chacón, “genuina representante de la patria” y anunció de la siguiente manera el triunfo de la primera Señorita Ecuador:

“Señorita Chacón:

En nombre de Guayaquil y por honrosa cuanto inmerecida delegación suya, os proclamo Señorita Ecuador. Llevad hasta Miami y pasead por el mundo la soberana sencillez de vuestra belleza, símbolo de la Patria, mientras nosotros, en esta ribera, tejemos la nostalgia de vuestra ausencia y nuestros corazones os acompañan en todos vuestros triunfos.” (Chacón 1930, 23)

Movilidad social: Sara Chacón, vas a ser reina.

“Respondiendo a una leve llamada de la mujer, Sara se acercó temerosa y medio lloriqueando hasta llegar junto a las faldas mal olientes y rotas de la vieja. Le tocó las mejillas. Después, pasando, sus manos largas y grasosas por sus cabellos de seda dijo, en todo de profecía:
Vas a ser reina”

Como fue mencionado al inicio, existen tres fuentes primordiales para realizar este trabajo de investigación: archivos del periódico del año 1929 y 1930; el diario personal escrito por Sara Chacón; y, la novela *Señorita Ecuador* del escritor Alfredo Pareja Diezcanseco. Estas tres formas de interpretar un solo evento permiten entretener los discursos e imaginarios de la época. El trabajo cobra mayor peso teórico al conjugar estas formas en un relato donde se marcan las vivencias de una época por medio de lo cultural, es decir, las formas cotidianas de la vida. En la sección anterior, se trabajaron los discursos con relación a la mujer nacional y las pugnas simbólicas que son atravesadas por características étnicas. Ahora, me centraré en la figura de Sara Chacón y como en el concurso se plasma un proceso de movilidad social, en palabras de Andrea Pequeño, la mujer se constituye un recurso metonímico de representatividad nacional.

¿Quién es Sara Chacón? “Era la engreída. El alma ingenua y bondadosa. Sara era encantadora” (Pareja Diezcanseco 1930, 5). El libro *Señorita Ecuador* comienza con un relato de la niñez de Sara Chacón y coloca en contexto sus condiciones sociales y económicas. Sin embargo, lo importante de este relato es la imagen que se presenta de Chacón, como una niña encantadora, ingenua, bondadosa, que acude a misa y tiene las habilidades “propias de la mujer” que son: el canto y manejo de guitarra. Esta aproximación permite entrever que las condiciones económicas en las que vive Sara los primeros años de su vida se basan en la consolidación de los procesos ligados al boom cacaotero y su importancia en la economía del país a inicios del siglo XX, esta descripción nos sitúa y da a entender del sector social al que pertenecía junto a su familia.

La pepa de oro, como se denominó, al cacao, sufre enfermedades y su consumo se ve disminuido por la crisis mundial y entra en declive. La mayoría de la población de la costa ecuatoriana tenía un vínculo directo con la producción de este bien primario. La hacienda “La María” herencia del abuelo de Sara Chacón no fue la excepción. La enfermedad de la planta; despido de empleados; venta de animales; y, el impago de una hipoteca fueron las razones por las que fue vendida al banco.

“Muy señor mío:

Sentimos mucho comunicar a Ud. Que, a causa de la mala situación y, tomando en cuenta su atraso en cubrir la hipoteca de su hacienda María, esta institución se ve penosamente obligada a rematar su propiedad. Le rogamos, pues, venga a visitarnos enseguida a fin de tratar de hacerle una compra que, acaso, pudiera ser menos perjudicial para Ud. Dados estos difíciles instantes. Sin otro particular, nos es grato repetirnos de Ud.

Tenía tres hijos, ninguno hombre. La mayor de novia. Las siguientes, dos chiquillas a quienes era necesario educar. El problema era arduo” (Pareja Diezcanseco 1930, 13)

Un segundo momento en la vida de la primera Señorita Ecuador y su familia fue la migración del campo a la ciudad de Guayaquil. Se vieron cara a nuevas formas de organización dentro de este espacio urbano. Su padre, Carlos Chacón, con el poco dinero que recibió del banco por la venta de la hacienda *La María*, “herencia de su padre un militar cuencano que sirvió a las órdenes de Eloy Alfaro, mejor dicho, un fanático liberal de aquella época” (Pareja Diezcanseco 1930, 2) compró un pequeño chalet y consiguió empleo como administrador de un hacienda. Para Carlos, era importante la educación de sus dos hijas menores es así que al llegar a Guayaquil, Sara y su hermana Clarisa son matriculadas e ingresan a estudiar al colegio católico de señoritas La Inmaculada.

“La familia sin entender asuntos de números seguía ignorando todo. Lloraba sin explicarse. Papacito, yo no quiero irme decía Sara. – Mi hijita, es necesario que vayas al colegio a aprender a leer. – No quiero ¿Y mi vaquita? – Allá en Guayaquil te compro una más grande (...) Escenas como esta tenía que soportar el coraje de don Carlos. La más triste Sara. La chiquilla tenía algo misterioso en su alma que le ligaba fuertemente con sus cholos, con su tierra.” (Pareja Diezcanseco 1930, 14)

Las mujeres¹³ en esta época ingresan a la vida pública, además las formas de sociabilidad se modifican como resultado del liberalismo y la Revolución Juliana. Ellas ya no son solamente relegadas a la vida privada, sino que son vistas como objetos de políticas públicas. En estos años y como resultado de las luchas sociales la educación y recursos educativos pasan a manos estatales, en contraste con los años anteriores, donde la iglesia católica regía la vida, acceso y recursos dentro del campo educativo. La educación laica fortaleció nuevas formas de interpretación de la vida cotidiana. Como lo señala Ana María Goetschel en su libro *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas Quito en la primera mitad del siglo XX*: “aunque este proceso se había iniciado con el liberalismo, en el discurso estatal de esta etapa se produjo de manera más clara el paso de la presencia de las mujeres y los niños del ámbito doméstico al público.” (Goetschel 2007d, 115)

Cuando, Sara Chacón, tenía 16 años el concurso Señorita Ecuador fue anunciado en El Telégrafo, diario de la ciudad de Guayaquil. Este evento concentró un gran interés por parte de las familias guayaquileñas que fueron a inscribir a sus candidatas e hicieron campañas por las mismas. Rafael de la Mar, fue la persona que descubrió en Chacón, “la fruta tropical, más sabrosa” (Pareja Diezcanseco 1930, 24) junto a Enrique Fierro, Jorge del Campo y Marcos Medina conformaron un comité para lanzar la candidatura de Sara Chacón y convertirla en la novia de América.

Este concurso de belleza despertó el interés en la población y de la mayoría de los sectores. Sin embargo, existían críticas de varios sectores entre estos figuraban los “americanistas vehementes” (Pareja Diezcanseco 1930, 42) que veían y analizaban al concurso como un negocio norteamericano. Además, existía una preocupación por parte de las candidatas y sus comités organizadores del papel e intervención del Estado en la elección de la mujer que sería la representante del país en el concurso a efectuarse en Miami. “Temían que el gobierno quisiera ejercer su poder oficial, como si se tratara de elegir a un diputado o un consejero provincial.” (Pareja Diezcanseco 1930, 48)

Una de las cosas importantes en torno a la elección de la primera Señorita Ecuador fue la participación de las hijas de las familias aristocráticas, por ejemplo,

¹³ Es necesario mencionar que no todas las mujeres de la época tenían acceso a la educación. Aunque la Revolución Juliana y el liberalismo modificaron las formas de vida de las mujeres y su rol dentro del estado y las políticas estatales, la educación desde el inicio fue y sigue siendo un privilegio de clase.

Blanche Yoder, una de las candidatas que ocupaba los primeros lugares en las votaciones diarias que se realizaban en El Telégrafo: “perteneciente a una honorable familia, que gozaba de una envidiable situación económica y social (...) Blanche contaba con el apoyo y simpatía de la gente de sociedad.” (Pareja Diezcanseco 1930, 51).

En este primer momento, es evidente como la clase marca el concurso de belleza, que es un evento público, aunque su acceso no lo sea. Se manifiesta una pugna, pero al mismo tiempo apoyo de familias de la misma clase para elegir una candidata que responda a sus condiciones sociales. Este fenómeno, no es una característica particular de Ecuador. En el estudio realizado a los concursos de belleza en Colombia por Ingrid Johanna Bolívar, *Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas*, se demuestra a través de fuentes el vínculo existente entre las familias de donde provienen las candidatas y el honor, respetabilidad, antigüedad; “En el recorrido por estas fuentes sobresale el papel de los lazos familiares que sostiene a cada una de las candidatas y el esfuerzo por inscribirlos en una larga trayectoria de respetabilidad y preminencia social” (Bolívar 2007, 74). Aquí queda preguntarse ¿Sara Chacón, a quién en realidad se enfrentaba? ¿Sara Chacón, es el reflejo de un sector social medio que se enfrentaba simbólicamente con la aristocracia? Una vez más, afirmo siguiendo a Roger Marck (1999), que los concursos de belleza no son espacios inocuos, sino son arenas de luchas como lo estamos evidenciando en este trabajo de investigación.

“Gritos ensordecedores se escuchaban en el Teatro. La barra de Sara Chacón era aplastante. Sus partidarios estaban fanatizados, locos (...) la platea resonaba bajo e golpear de los bastones.

- ¡Viva Sara Chacón!

- ¡Tres rash por Sara!

Los paritarios de Blanche gritaban entusiastamente:

- ¡Tres rash por Blanche Yoder!

- ¡Viva Blanche!”

Chacón o bala

En este momento, existe una visión clara del concurso y sus actores. A la final llegó, Sara Chacón, representante de las clases medias vs Blanche Yoder,

representante de la aristocracia. “La lucha se convertiría en una lucha de clases, el pueblo temía que las influencias y el dinero pudieran más que la belleza y que sus deseos de raza oprimida” (Pareja Diezcanseco 1930, 67). Aunque las votaciones fueron realizadas por la población, la coronación estaba a cargo de un jurado calificador.¹⁴ El Teatro Olmedo, tuvo un lleno total, muchas de las personas que apoyaban a sus candidatas se quedaron afuera en espera del resultado. La presión ejercida a los jurados tuvo tal impacto que ese día no escogió a nadie y postergaron los resultados. Los rumores corrieron rápidamente y daban de ganadora a Blanche Yoder. “En vista de que los miembros de jurado no logran ponerse de acuerdo y de que se ha ofrecido presentar algunos documentos que deben ser conocidos antes de expedirse el fallo, se ha resuelto postergar la elección” (Pareja Diezcanseco 1930, 94)

Al día siguiente, más de 10 mil personas acompañaban a Sara Chacón. Buscaban que se haga justicia y gane la belleza de su raza, “alguna vez el pueblo debía imponer sus deseos” (Pareja Diezcanseco 1930, 101). Este evento que surgió en noviembre de 1929 después de 4 meses concluye y da por ganadora a Sara Chacón. “Digiérase un día de fiesta. La población aclamó en mí a la Srta. Ecuador, a la mujer de su raza, a la compatriota que se ausentaba llevando un cometido de tanto valor como el de representar a la mujer ecuatoriana en un torneo internacional de belleza” (Chacón 1930)

La emoción de los ciudadanos, el vínculo que se estableció entre familias e instituciones para apoyar a las candidatas, el rol de los periódicos, los debates en torno a la raza, mujer nacional, imperativo patriótico demuestran que este evento pone en debate discursos. Siguiendo los postulados de Roger, la elección de una reina es un reordenamiento clasificatorio de las relaciones entre las correspondientes colectividades.

¹⁴ Esta parte fue abordada en el subcapítulo: La mujer nacional. Sara Chacón Zúñiga, encarnación exquisita de la raza y anhelo continental.

El jurado calificador estaba conformado por: Dr. Pedro Miller (gobernador de la provincia), Dr. Miguel Ángel Carbo (presidente del muy ilustre Concejo Cantonal de Guayaquil), Dr. Francisco De Elizalde (presidente del Club de la Unión), Sr. Manuel Eduardo Castillo, (Director del Diario El Telégrafo), Dr. Abel A. Gilbert (cirujano y ex profesor de anatomía de la Universidad del Guayas), Profesor Enrico Pacciani (escultor italiano), Sr. Enrique Grau (fotógrafo español), Sr. Antonio Bellolio (pintor nacional), Sr. Enrique Martínez Serrano (pintor nacional) y como secretario sin voto el Sr. Adolfo H. Simmonds (periodista).

Para finalizar, ¿Qué tenía o representaba Sara Chacón? La respuesta es sencilla, los chaconistas veían en esta candidata a una mujer cercana que los representaba pero que, además, reflejaba los procesos de movilidad social que se estaban viviendo en la época. Sara era la candidata que migro a la ciudad tras la crisis del cacao, su apellido no figuraba entre las grandes familias, y su color de piel, moreno, cautivaba y representaba a la mayoría de la población que se sintió identificada y generó empatía.

Vibraba, todavía, en mis oídos, aturridos de exquisita delectación los aplausos entusiastas de este pueblo de Guayaquil, al que tanto amo, que, desbordado de frenesí patriótico, creyó encontrar en mi humilde persona un símbolo de la raza pura, con todo su sabor nativo y característico, que fuera evocación de su río, de sus florestas, de su ardiente sol, de sus noche diáfanas, de sus cacaotales y de sus palmeras, como en sus frases, plenas de gallardía y elocuencia, lo hizo notar mi generoso apologista Dr. Francisco Uribe. (Chacón 1930, 3)

Como se observó a lo largo de este capítulo, el concurso de 1930 pone en debate las condiciones de clase y representación nacional. Demuestra el malestar que existía por parte de los sectores medios y populares frente a la aristocracia. Estas pugnas dentro de lo político, económico, social y cultural se ven condensadas en un concurso de belleza. El cuerpo, una vez más, se convierte en un territorio de disputas y de discursos. Sara Chacón es la mujer nacional, la belleza criolla y de pura raza que personifica las aspiraciones y finalidades del Ecuador en esta elección. Solo nos queda decir, ¡Qué viva la niña Sarita

Conclusiones

Como se evidenció en el presente trabajo de investigación, los concursos de belleza son rituales contemporáneos que tiene como fin último la elección de una mujer que encarne los valores sociales y sea el reflejo de los cánones de belleza que rigen ese momento. En el contexto ecuatoriano estas prácticas se encuentran inscritas en la vida cotidiana, con los mismos criterios de exclusión y discriminación se elige a la reina del colegio, reina de la universidad, señorita deporte, quiteña bonita, entre un sinnúmero de eventos que conllevan a lo mismo.

Sin embargo, estas prácticas adoptan nuevas posiciones cuando son organizadas, patrocinadas y defendidas por instituciones estatales que destinan parte del presupuesto de la ciudadanía para efectuarlas. Muy pocas veces se debate acerca del papel de los certámenes de belleza como dispositivos que reflejan discursos y pugnas sociales, políticas, económicas y lo más importante, de raza y etnia.

Estos eventos que son comunes y que los tenemos interiorizados guardan elementos de violencia, machismo, racismo, exclusión y xenofobia. La importancia del trabajo radicó en colocar a los concursos de belleza como un objeto de estudio primordial y no como un hecho aislado de la realidad, siguiendo por la línea teórica planteada por Johana Bolívar y un estudio similar en Colombia se puede concluir que los reinados son campos interesantes para descifrar una época e investigar como las sociedades latinoamericanas van construyendo su ideal de nación e identidad a lo largo de los años.

Miss Ecuador cuenta con más de 64 ediciones y 90 años de vigencia. ¿Cómo un evento pudo sobrevivir a tantos años y condiciones sociales y políticas? La respuesta es sencilla, los cánones de belleza se iban modificando junto a ellos y se entrelazaban con los debates propios de cada época. Por la singularidad de la investigación se tomó como estudio de caso al primer concurso nacional, Señorita Ecuador, que se realizó en 1930, donde Sara Chacón encarno a la mujer nacional. La Señorita Ecuador puso en debate discursos de lo nacional, identidad, papel de la mujer, ascenso de clases sociales y su posicionamiento en las esferas públicas.

Al concluir esta investigación se reconocen tres discursos que eran primordiales en los años 30. La inclusión de las mujeres a la vida pública, el debate en torno a lo nacional e identidad que debían asumir los ecuatorianos y las luchas simbólicas que existían por la hegemonía entre los sectores sociales medios que estaban en ascenso y las clases aristócratas que controlaban el país. Los aportes de Andrea Pequeño y Ana María Goetschel son primordiales a la hora de plantear estos postulados y de realizar un mapa de representaciones sociales a través de estos eventos que en muchas ocasiones son considerados objetos sin validez teórica.

Aunque, el trabajo no se centró en el estudio del cuerpo femenino fue una constante dentro de las reflexiones. En la modernidad el cuerpo se convierte en un objeto que puede ser modificado pero que al mismo tiempo entra en una dinámica del mercado y por lo tanto puede ser cambiado, regalado, vendido, explotado. Es evidente el control que se ejercen sobre los cuerpos femeninos. Ahora, ese control, en los reinados de belleza se disfraza mediante discursos de moda y de modificación corporal. El auge de clínicas estéticas, gimnasios y salones de belleza hablan de las nuevas formas de vivir la corporalidad y el interés de estos grandes monopolios de la belleza por ser patrocinadores de todo tipo de certamen de belleza, desde la elección de la reina parroquial hasta reinados internacionales.

El papel de los medios de comunicación como reproductores y generadores de estereotipos e imaginarios se vinculan con los concursos de belleza, por lo menos en Ecuador. Señorita Ecuador de 1930 es organizado por el diario El Telégrafo, al inicio de la modernidad el periódico juega un rol importante dentro de la constitución de las ciudades modernas, por eso su tamaño es modificado a tabloide para que pueda ser fácil acceso; en un segundo momento, la elección de Mónica Chalá (1995) es uno de los eventos retransmitidos por televisión nacional más costosos hasta la época. La importancia de Ecuador como sede de Miss Universo en el año 2004 radicaba en las imágenes turísticas del país que iba a ser transmitidas a nivel mundial. Considero que esta relación y análisis que se realiza entre medios de comunicación y reinados de belleza es nueva dentro de los estudios de comunicación en Ecuador¹⁵ y que aportan de

¹⁵ En países como Colombia y Venezuela la investigación desde comunicadores permite visibilizar la conexión entre medios de comunicación y reinados de belleza. En los estudios que existen en Ecuador, los medios de comunicación son solamente nombrados como los reproductores de noticias y no como los generados de discursos.

manera significativa a los mismos ya que anteriormente, aunque existan estudios, están enfocados desde los estudios de género e historia.

Como lo mencioné en este escrito, encontré cuatro hitos históricos a lo largo de la elección de Miss Ecuador. Pienso que el análisis que se realizó del concurso de belleza Señorita Ecuador en 1930 solo es el inicio de una investigación de largo aliento y que, los otros concursos tienen características propias que permitirán entender las luchas, pugnas simbólicas sociales y discursos que se establecen en cada época y que responden a un contexto social establecido y que pueden ser estudiados en próximas investigaciones.

Bibliografía

- Acosta, Lucía. s/f. “Los reinados de belleza: una mirada crítica a su trasfondo sociocultural”. Bogotá.
- Agustín Cueva. 1965. *Mito y verdad de la cultura mestiza*. Editado por Alicia Ortega.
- Alavedra, Teresa. 1930. “Señorita Ecuador”. *El Telègrafo*, el 17 de enero de 1930.
- Bauer, Arnold. 2001. *Bienes de este mundo: consumo y cultura en la América Latina moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter. 2001. “Tesis sobre la filosofía de la historia. ”. En *Obras completas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bolívar, Johanna. 2007. “Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas”. *Íconos*, 71–80.
- Bonilla, Adrián. 1987. “La Revolución Juliana: una ventana a la Modernidad”. *Difusión Cultural: Banco Central del Ecuador*, 41–56.
- Breton, David Le. 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad*. París: Presses Universitaires de France.
- Carrasco, Jennie. 2009a. “Historia de mujeres e historia de género en el Ecuador”. *Revista de Ciencias Sociales* 15 (1): 193–210.
- . 2009b. “Una mirada histórica a la vida de las mujeres 1922-1960”. En *Historia de mujeres e historia de género en Ecuador*, editado por Martha Moscoso, Estelina Quinatoa, Edizon León, Lucía Moscoso, y Jennie Carrasco, 194–233. Quito: Ministerio de Cultura.
- Chacón, Sara. 1930. *Honores y Bohemia de mi reinado. Recuerdos de Miami*. Guayaquil: Artes Gráficas Senefalder.
- Chiriboga, Carlos. 1987. *El auge cacaotero y la transformación de la región litoral ecuatoriana*. Quito: Editorial Abya-Yala.
- Chul Han, Byung. 2013. *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Coronel, Valeria. 2022. *La última guerra del Siglo de las Luces. Revolución Liberal y republicanismo popular en Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Cueva, Agustín. 1987. *Entre la ira y la esperanza*. Quito: Planeta.

- Durán, Cecilia. 2000. *Irrupción del sector burócrata en el Estado ecuatoriano: 1925-1944. Perspectiva a partir del análisis de la vida cotidiana de Quito*. Quito: Editorial Abya-Yala.
- Echeverría, Bolívar. 1989. *Modernidad y capitalismo. 15 tesis*. México: UNAM equilibrista.
- Echeverría, Bolívar. 2012. *La modernidad y el enigma del "blanco"*. Quito: Editorial Abya-Yala.
- El Comercio*. 1930. "Los poderes públicos están en el deber de contribuir al lucimiento de la representante de la gracia, la belleza y la cultura del Ecuador", el 26 de enero de 1930.
- El Telégrafo*. 1930a. "Candidatura del barrio El Astillero para la Señorita Ecuador", el 2 de febrero de 1930.
- El Telégrafo*. ———. 1930b. "El imperativo patriótico", el 3 de febrero de 1930.
- El Telégrafo*. ———. 1930c. "El vestido de Miss Ecuador", el 16 de enero de 1930.
- Ferrándiz, Francisco. 1930. "El concurso de Belleza." *El Telégrafo*, el 15 de enero de 1930.
- Finol, José. 1999. *Semiótica del cuerpo: el mito de la belleza contemporánea*. Caracas: Editorial Episteme.
- . 2015. *La Corposfera Antropo-semiótica de las cartografías del cuerpo*. Venezuela: Ciespal.
- Foucault, Michel. 1975. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Gallegos Lara, Joaquín. 1946. *Cruces sobre el Agua*. Guayaquil: Vera & Cia.
- García Canclini, Nestor. 2004. *Diferencias, desigualdades y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- Goetschel, Ana María. 1999. *Mujeres e imaginarios: Quito en los inicios de la modernidad*. Quito: Editorial Abya-Yala.
- . 2001. "Musas, ondinas y misses: estereotipos e imágenes de las mujeres quiteñas en los años 30 del siglo XX". *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, núm. 11, 45–54.
- . 2007a. *Orígenes del feminismo en el Ecuador*. Quito: CONAMU, FLACSO Ecuador, Comisión de Género y Equidad Social del MDMQ, UNIFEM.

- . 2007b. *De Memorias. Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzo y finales del siglo veinte*. Quito: Fonsal.
- . 2007c. *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas: Quito en la primera mitad del siglo XX*. Quito: FLACSO .
- . 2007d. *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas Quito en la primera mitad del siglo XX*. Quito: Abya Yala.
- . 2010. *Re/construyendo historias de mujeres ecuatorianas*. Quito: Manthra Editores.
- . 2014. “El presidente Gabriel García Moreno, el Concordato y la administración de poblaciones en el Ecuador de la segunda mitad del siglo XIX”. *Historia Crítica*, núm. 52, 123–49.
- Goetschel, Ana María, Andrea Pequeño, Mercedes Prieto, y Gioconda Herrera. 2007. *De memorias. Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo veinte*. Quito: FLACSO Ecuador, FONSALE.
- Heller, Agnes, y Feher Ferenc. 1995. *Biopolítica: la modernidad y la liberación del cuerpo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Hidalgo, Ángel Emilio. 2014. *Sociabilidad letrada y modernidad en Guayaqui (1895-1920)*. Quito: Editora Nacional.
- Horkheimer, Max, y Theodor Adorno. 1981. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Akal.
- Kingman, Eduardo. 2009. “Cultura Popular, vida cotidiana y modernidad periférica”. *Quaderns* , 47–69.
- la Cadena, Marisol De. 2000. *Indígenas mestizos: raza y cultura en el Cusco*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Maiguashca, Juan. 2012. *El Ecuador: viejo país y nuevas ideas, 1895-1925*. Quito: Editorial Planeta.
- Manarelli, María. 1999. *Limpias y modernas: género, cultura e higiene en la Lima del novecientos*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Moreno, Maria. 2009. “Misses y concursos de belleza indígena en la construcción de la nación ecuatoriana”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 81–91.

- Pareja Diezcanseco, Alfredo. 1930. *La Señorita Ecuador-Novela*. Guayaquil: Jouvin “La Reforma”.
- Paz y Miño, Juan. 2009a. *Historia contemporánea del Ecuador*. Quito: Editorial El Conejo.
- . 2009b. “La época cacaotera en Ecuador”. En *El ferrocarril de Alvaro. El sueño de la integración*, 51–61. Corporación editora nacional.
- . 2011. “La época cacaotera en Ecuador”. *Historia y Economía*, 1–10.
- Pequeño, Andrea. 2004. “Historia de las misses, historias de naciones”. *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, 114–17.
- . 2013. “Historias de misses, historias de naciones”. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, núm. 46, 37–50.
- Pequeño, Andrea. 2014. *Imágenes en disputa: representaciones de mujeres indígenas ecuatorianas*. Quito: FLACSO Ecuador-Ediciones Abya Yala.
- Prieto, Mercedes, y Ana María Goetschel. 2008. “El sufragio femenino en Ecuador, 1884-1940”. En *Mujeres y escenarios ciudadanos*, 299–330. Quito: FLACSO.
- Rodríguez, Martha. 2014. “Espacios públicos culturales y redes sociales: su influencia en la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la extinción del Instituto Cultural Ecuatoriano (1941-1945)”. Tesis de Maestría, Quito: FLACSO.
- Roger, Mark. 1999. “Spectacular bodies: folklorization and the politics of identity”. *Journal of Latin American Anthropology*, 54–85.
- Rojas, Milton, y Gaitán Villavicencio. 1988. *El proceso urbano de Guayaquil, 1870-1980*. Guayaquil: ILDIS-CER-G.
- Rutter- Jensen, Chloe. 2005. *Pasarela paralela: escenarios de la estética y el poder en los reinados de belleza*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Sarlo, Beatriz. 2003. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Vaca, Marilú. 2003. “Chicas chic: representación del cuerpo femenino en las revistas modernistas ecuatorianas (1917-1930)”. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, 73–93.
- . 2013. “Chicas chic: representación del cuerpo femenino en las revistas modernistas ecuatorianas (1917-1930)”. *Procesos*, núm. 38.

Velasco, Adelaida. 1914. *Feminismo. El hogar cristiano*. Guayaquil: El Hogar Cristiano.

Zanetti, Susana. 1994. "Modernidad y religión: una perspectiva continental (1880-1916)". *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura* 2:489–534.